

Gracia Divina



**“Comprendiendo los tesoros
de Su amor”**

OSVALDO REBOLLEDA

Gracia Divina



Oswaldo Rebolleda

Este libro fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quien los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la reproducción parcial o total, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin al menos mencionar la fuente, como una manera de honrar el trabajo y la dedicación que dio vida a este material.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Fuente de Vida**

Revisión literaria: **José Luis Morro**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Gracia soberana.....	11
Capítulo dos:	
De Dios a los hombres.....	27
Capítulo tres:	
El evangelio adulterado.....	40
Capítulo cuatro:	
Entendiendo la gracia de Dios.....	62
Capítulo cinco:	
Gracia extrema.....	77

Capítulo seis:

Gracia elevada.....89

Capítulo siete:

Gracia ilimitada.....101

Capítulo ocho:

Gracia recibida.....111

Capítulo nueve:

Gracia humanamente injusta.....129

.

Reconocimiento.....147

Sobre el autor.....148



Introducción

“Al que no obra, pero cree en Aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia”

Romanos 4:5

¿No le llama la atención esta expresión del apóstol Pablo: ***“Aquel que justifica al impío”***? Estas palabras me parecen maravillosas. ¿A usted no? He oído que los que odian las doctrinas de la cruz acusan de injusto a Dios por salvar a los impíos y recibir al más vil de los pecadores. Mas he aquí cómo la misma Escritura acepta la acusación y lo declara francamente. Por boca del apóstol Pablo, por la inspiración del Espíritu Santo, consta el calificativo de ***“Aquel que justifica al impío”***.

La cultura que nos ha criado a la mayoría de nosotros, nos ha hecho pensar siempre que la salvación es para los buenos, y que la gracia de Dios se concede a los justos y santos, libres del pecado. Si usted no nació en el seno de una familia cristiana evangélica seguramente se encontrará identificado con este concepto y además de esto, hay una tendencia de medir las recompensas de la vida bajo los mismos parámetros.

Generalmente pensamos que si somos buenos la vida nos recompensará, y que si no hacemos las cosas bien, no seremos dignos de bonanza. Creemos que la maldad es el detonante que puede impedirnos disfrutar de los favores eternos con cierta libertad. Es por el famoso concepto de que todo vuelve. Sin embargo, esto no es así con la salvación y bajo ningún aspecto lo es a la hora de una vida nueva.

La gracia es tan maravillosa que puede ser mal interpretada y no se llega a ella por decisión humana, sino por revelación divina. Es decir, la gracia no es algo que escogemos, sino que nos alcanza por voluntad de Dios y por eso puede parecer injusta, si es analizada desde el plano natural.

Por tanto, tengo la convicción de que la lectura de este libro nos permitirá derribar las fortalezas, los argumentos y las conclusiones que en ocasiones levantamos contra la incomprensible y misteriosa voluntad de Dios. Pero una cosa puedo comenzar asegurando: es una voluntad llena de gracia y de verdad.

En su libro “Todo por gracia”, Charles H. Spurgeon expresó: “Cuando un abogado comparece ante un tribunal, si es persona honrada, desea proteger a su cliente, defendiéndole de todo lo que falsamente se le imputa. Pero el objeto del defensor debe ser el de

justificar al inocente, y no el de encubrir al culpable. Tal milagro le está reservado sólo al Señor. A saber, Dios, el soberano infinitamente justo, sabe que en toda la Tierra no hay un justo que haga bien y no peque y, por lo mismo, en su soberanía infinita y en el esplendor de su amor inefable, emprende la obra, no tanto de justificar al justo cuanto de justificar al impío.”

En otras palabras, Dios ha ideado maneras y medios de presentar delante de sí al impío justamente aceptable. Ha constituido un plan mediante el cual puede, en justicia perfecta, tratar al culpable como si siempre hubiera vivido libre de ofensa; es decir, tratarle como una persona sin pecado. Porque Él justifica al impío.

***“Por gracia sois salvos, por medio de la fe;
y esto no de vosotros, pues es don de Dios”***

Efesios 2:8

Los pecadores somos convertidos, perdonados, purificados, salvados, todo porque Dios es lleno de gracia. No es porque haya algo en nosotros o que pueda haber algo en nosotros para que seamos salvos, sino que nos salvamos por su amor infinito, por su bondad, por su compasión y por su misericordia, es decir por su gracia divina.

¡Qué profunda es la gracia de Dios! ¿Quién sondeará su profundidad? Es superior al mar y sobre ella navegan todos los atributos divinos. La gracia es infinita, eterna e inmovible, tal vez por la misma esencia de nuestro Padre celestial, porque:

“Dios es amor”

1 de Juan 4:8

Bondad infinita y amor infinito forman parte de la naturaleza del Señor. Yo siempre digo que Dios no tiene amor, porque si tuviera amor, es posible que en algún momento o por alguna circunstancia deje de tenerlo. La Palabra dice que Dios es amor, ésa es su esencia.

Para siempre es su misericordia

Salmo 107:1

No ha echado a la humanidad a la perdición. Y ya que no cesan sus compasiones, los pecadores son conducidos a sus pies y hallan perdón. Por tal motivo, por ser tan extraordinaria la gracia de Dios y tan difícil de comprender por ser tan maravillosa, vamos a dedicar este libro invocando al Rey de Gloria que nos imparta su revelación. Esto será clave, porque la gracia de Dios no es un tema más... Es una persona, por lo cual no se puede acceder a Él desde el intelecto, sino desde la vida.

“Señor, nuestra fe descansa en la justicia de Jesucristo y deseamos que este libro, surgido de las enseñanzas de tu Palabra y de la inspiración de tu Santo Espíritu, nos edifique y afirme nuestros pies sobre la roca, pues todo lo demás es arena movediza. Señor, abrimos nuestro corazón y te pedimos sabiduría para comprender cuán grande es tu amor, desde tu provisión, hasta la sobreabundancia. Queremos vivir en la dimensión de tu maravillosa gracia... No hacerlo sería no honrar tu amor, por medio del cual tanto nos das cada día. Gracias te damos Señor, en el santo nombre de Jesús. Amén.”

Bueno, le invito a leer cada página de este libro con un corazón abierto y dispuesto para recibir esta enseñanza sobre la gracia; por favor no subestime esta invitación. Yo puedo asegurar con dolor en mi corazón, que lamentablemente muchos líderes en la iglesia de hoy no comprenden las diferentes dimensiones de la gracia. Creo que para algunos es demasiado extraordinaria y se sienten más cómodos interpretándola dentro de alguna estructura institucional.

Esto es curioso, pero es como si la conciencia del pecador que una vez fuimos considerara injusta tanta bondad y quisiera hacer algo para merecer. Por otra parte, es comprensible que lo crea así, porque la gracia humanamente es injusta y exagerada, por eso es tan difícil de acceder a ella con el simple entendimiento intelectual.

La propuesta de este libro es sumergirnos en la gracia infinita, sin temor y sin reparos, para ser impartidos por la revelación del Espíritu Santo.

Al final de la lectura, sólo recibirá un maravilloso y genuino deseo de adorar al Rey de Gloria. Los que dejan de cuestionar la gracia y simplemente la reciben como tal se vuelven verdaderos adoradores y logran abrazarla con la humildad de los que saben que no han alcanzado nada por sus propias obras, sino que, sin merecer, recibieron todo en Cristo Jesús.

¡A Él sea la Gloria por los siglos de los siglos!



Capítulo uno

Gracia soberana

Por favor, leamos atentamente este extraordinario pasaje de la Escritura:

“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas.

Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos”

1 Crónicas 29:11

Dios es soberano en cuanto a sus dones y todos sus atributos. En primer lugar, es soberano en el ejercicio de su poder. Lo ejerce según quiere, cuando quiere y donde quiere, nadie puede discutir eso.

En su Palabra, Dios declara: ***“Yo soy Dios, y no hay otro Dios; y nada hay semejante a mí. . . que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero”*** Isaías 46:9 y 10.

El patriarca Job, en medio de la aflicción que Dios permitió en su vida, reconoció la grandeza y esplendor de Dios en contraste con su propio orgullo y pecado. El libro que lleva su nombre, en el capítulo uno, verso uno, comienza diciendo: ***“Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”***. Sin embargo, después de que Job perdiera todo y viviera un profundo proceso de dolor, terminó reconociendo que los propósitos de Dios son supremos y que Él es soberano en todo lo que haga. El patriarca dijo: ***“Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; Cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.”*** (Job 42:2 y 3).

Job, como muchos de nosotros, creía en las buenas obras y las recompensas que éstas deben producir, y está bien. Generalmente la buena gestión de la vida produce resultados positivos. Aun así, esto no es matemático y puede haber muchas ocasiones en las cuales actuemos bien y solo recibamos dolor, porque este sistema de pecado que opera en el mundo sólo produce injusticias.

El mundo está lleno de gente que se cree justa, porque son buena gente, porque son trabajadores, cumplidores, honestos, amorosos, etc. Sin embargo,

cuando los visita una crisis no logran comprender cuál es el motivo de la misma. Se preguntan: ¿Si estoy actuando bien, por qué causa me está sucediendo esto o aquello?

Algunos entran en un conflicto cósmico, porque buscan culpables a su situación y no pueden hallarlo. Entonces descreen de Dios o lo culpan por la injusticia; otros creen que es una factura del destino o el saldo pendiente de una vida anterior. Algunos piensan que puede ser la alineación de los planetas y otros les atribuyen su padecer a las malas ondas que operan en el ambiente, pero curiosamente casi nunca le echan culpas al reino de las tinieblas.

En la vida nos acostumbramos a la obra y recompensa. Si nos portamos bien, nuestros padres nos premian con algún juguete. Si tomamos la sopa, nos dan un alfajor. Si estudiamos en la escuela, nos ponen un diez; pero si no estudiamos, reprobamos la materia. Si trabajamos nos pagan el sueldo, pero si hacemos mal nuestra tarea puede que nos despidan.

La vida nos presenta de continuo ejemplos de obras y recompensas. Esto está bien y en gran medida funciona, pero cuando se trata de la vida con Dios y los destinos eternos todo eso hace agua.

En esta vida he visto gente cuidando mucho su salud y sin embargo morir de alguna enfermedad terminal. También he visto a otros descuidar su salud por mala alimentación o muchos vicios y han vivido largos años. Recuerdo un hombre conocido que tuvo problemas toda la vida con la bebida y, ya de anciano, se hizo un chequeo médico en el cual encontró su hígado como el de un joven adolescente, según las palabras de su doctor.

Mi padre, por otra parte, también se realizó un chequeo y el médico le aconsejó dejar de fumar, cuando en realidad no había fumado nunca en la vida. El mundo es así: mientras algunos trabajan mucho y ganan muy poco, hay otros que trabajan poco para ganar muchísimo.

He visto a personas practicar deportes de alto riesgo y sobrevivir a sus locas hazañas, mientras que otros, que no arriesgaron nada, se resbalaron en el baño y perdieron la vida. He visto a los audaces pilotos de carreras andar a grandes velocidades, todos los fines de semana durante años, y salir ilesos de tanto riesgo; mientras que otros, camino al trabajo, perdieron la vida en un tonto accidente de tránsito.

He visto a buenas madres con hijos malos y a buenos hijos con malas madres. He visto a esposas amorosas sufrir violencia doméstica e infidelidad de parte de sus esposos y también he visto lo contrario. La vida no

funciona como consideramos que debería funcionar y eso no sólo nos frustra, sino que nos hace errar en la evaluación de los hechos.

Si hacemos las cosas bien, tenemos mayores probabilidades de que nos vaya bien y debemos procurarlo, por ética, por moral y por principios. Sin embargo, ésta no es una regla matemática o instantánea como muchos creen que debe ser.

Cuando alguien siembra un bambú japonés, éste tarda siete años en asomar a la superficie de la tierra. El motivo de esa demora es que crece muy alto y llega a ser fuerte, pero le es necesario durante los siete primeros años crecer hacia abajo, para luego soportar las alturas. Si creciera sólo hacia arriba cualquier viento lo derribaría.

Al igual que el bambú japonés, muchos quieren ir hacia arriba, pero la vida no es tan fácil; hay ocasiones en que primero debemos ir hacia abajo y eso es difícil de entender. Actuar bien nos puede traer recompensas a largo plazo, pero en algunos casos ese plazo es tan largo, que necesitamos la vida eterna. No todo se puede cosechar en esta vida y eso desconcierta a los mortales.

Por otra parte, las obras humanas pueden ser relativamente justas, sin embargo, si sólo obedecen a la justicia humana serán muy limitadas y no sirven para ser

considerados por ellas como justos delante Dios y tampoco para salvarnos, porque los hombres sin Dios viven en un estado de injusticia permanente.

***“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno;
No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios.
Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”***
Romanos 3:10 al 12

En la Biblia no hay contradicciones, sin embargo, cuando se trata de la justicia humana, pareciera que hubiera algunos puntos difíciles de entender; por ejemplo: en este pasaje de Romanos que acabo de citar, dice que no hay ninguno que sea justo, pero en otros pasajes encontramos que sí hay justos antes de conocer a Cristo:

***“Éstas son las generaciones de Noé:
Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones;
con Dios caminó Noé.”***
Génesis 6:9

***“Había un varón llamado José, de Arimatea,
ciudad de Judea, el cual era miembro del concilio,
varón bueno y justo.”***
Lucas 23:50

“Ellos dijeron: Cornelio el centurión, varón justo y temeroso de Dios, y que tiene buen testimonio en toda la nación de los judíos, ha recibido instrucciones de un santo ángel, de hacerte venir a su casa para oír tus palabras.”

Hechos 10:22

Bueno, hay otros ejemplos más, pero éstos bastan para comprender que no existe ninguna contradicción, Lo que la Biblia trata de decir es que no hay ningún hombre justo en el sentido de que alguien pueda decir: yo nunca he pecado, porque todos hemos pecado (**Romanos 3:23**), por lo tanto, nadie posee justicia propia para librarse de la condenación de la ley divina, todos hemos pecado y merecemos la condenación (**Romanos 6:23**).

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”

Romanos 3:21

Jesús fue el único hombre justo que nunca pecó ni en el pensamiento. Él es el único que posee justicia

propia que no deriva de nadie y sólo en su persona podemos ser justificados.

En Cristo se satisface la justicia de Dios. Esto significa que sin Cristo nadie puede llegar a ser totalmente justo. Puede que hagamos obras humanamente justas y ser justos ante la sociedad; sin embargo, es necesario que pasemos de un estado de justicia humana a un estado de justificación divina.

Job era un varón justo, ante su familia y ante la sociedad, por eso no comprendía lo que le había sucedido. Luego, también sus amigos debatían, disertaban y meditaban sobre la suerte de Job y, en parte, todos ellos erraron su análisis. Cuando Dios se le apareció a Job, todos sus argumentos fueron cayendo, hasta quedar tendido en arrepentimiento y después de cuarenta y dos capítulos, pudo pasar de un estado de justicia humana a un estado de justificación divina. Job pudo comprender que Dios no mide la vida según los parámetros de los hombres.

Jesús se hizo hombre y nunca pecó, nunca hizo nada malo, nunca le falló a nadie; sin embargo, fue traicionado, apresado, acusado falsamente, torturado y luego crucificado. Él muestra claramente el sistema de vida en esta Tierra.

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”

Isaías 53:3 al 5

La injusticia no es impulsada por Dios, sino por los mismos hombres que evidencian su maldad. Las consecuencias adversas e injustas de este mundo no son el resultado de un Dios malo, que paga mal, sino de hombres que, rechazando al creador, han procurado edificar su propia justificación y, como le ocurrió a Cristo, aunque alguien obre bien puede padecer dolor.

Dios no creó al hombre para que tuviera que sufrir adversidades y dolores, lo creó para que viva bajo su bendición y protección; sin embargo, el pecado hizo división entre Dios y los hombres (**Isaías 59:2**), Y esa separación genera las injusticias: que hombres buenos cosechen el mal y que malos hombres disfruten del bien.

Esto no es el resultado de castigo o recompensa divina, esto es la consecuencia de un mundo en tinieblas

y sin reconocimiento de Dios. Por eso el Señor, a través de Cristo, restauró nuestra comunión con Él, para que, a pesar de las injusticias terrenales, pasemos a un estado de justificación divina. Esa justificación nos permite tener comunión con Él, ser salvos y ser recompensados, en esta vida o en la eternidad.

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

*Y a los que predestinó, a éstos también llamó;
y a los que llamó, a éstos también justificó;
y a los que justificó, a éstos también glorificó.*

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

Romanos 8:28 al 31

En el mundo padeceremos aflicción (**Juan 16:33**). Siempre habrá gente que haga el bien y sufra el mal. Gente que haga mal y disfrute momentáneamente el bien. Siempre habrá accidentes, catástrofes y muerte, porque así es el mundo que rechaza a Dios. Sin embargo, si vivimos en Cristo todas las cosas nos ayudarán a bien y si

padecemos el mal en esta vida, la recompensa igualmente nos alcanzará.

“Aunque el pecador haga mal cien veces, y prolongue sus días, con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia; y que no le irá bien al impío, ni le serán prolongados los días, que son como sombra; por cuanto no teme delante de la presencia de Dios.

Hay vanidad que se hace sobre la tierra: que hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de impíos, y hay impíos a quienes acontece como si hicieran obras de justos. Digo que esto también es vanidad”

Eclesiastés 8:12 al 14

Dios es soberano y en su soberanía opera la legalidad. El podría haber condenado a toda la humanidad sin enviar a su Hijo a cumplir la condena y todos estaríamos eternamente destituidos de la comunión con Él y la vida eterna. Sin embargo, en su gracia, determinó juzgar en el Hijo a la humanidad, para que vivamos, no sólo como justos, sino en el justo: Jesucristo.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia,

entonces por demás murió Cristo”

Gálatas 2:20 y 21

Por otra parte, a pesar de reconocer la infinita soberanía de Dios, debemos comprender que la misma está delimitada por sus atributos. Características tales como veracidad, bondad, fidelidad, justicia y amor definen cada una de las acciones de Dios.

Si un atributo estuviera desproporcionado o exagerado, esto resultaría en un caos a nivel universal. Si deseamos comprender la gracia, también debemos comprender los límites autoimpuestos por el Señor, por causa de su compleja esencia.

Dios no puede hacer nada que vaya en contra de su propio carácter. Debido a que Dios es inmutable, sus palabras deben reflejar su integridad (**Números 23:19**). Dios no puede mentir (**Hebreos 6:18**). En todos los casos, Dios no sólo continúa siendo veraz, sino que cumple todas las promesas que hace.

Dios no puede ser tentado por el mal. No existe ningún elemento en su naturaleza que pueda ser tentado por el mal (**Santiago 1:13**). Por otra parte, aunque Dios a menudo nos prueba, Él no tienta a nadie. De hecho, Dios utiliza su poder ilimitado para permitirnos resistir y escapar del mal (**1 Corintios 10:13**).

Dios no puede negarse a sí mismo ni contradecirse. Dios permanece fiel a las promesas de sus pactos (**Malaquías 3:6**). Una promesa es tan verdadera como la persona que la hace. Al igual que Dios, su Palabra es inmutable (**1 Samuel 15:29**).

Dios no puede quitar el pecado de los hombres por otro medio que no sea Jesucristo, porque fue Él quien pagó el precio en la cruz del Calvario. Debido a que Dios es justo, no puede simplemente hacer borrón y cuenta nueva (**Romanos 6:23**).

Sin dudas, Dios es absolutamente soberano y ejerce su poder dentro de sus parámetros de justicia y por cuanto sabemos que es perfectamente justo, tenemos la certeza de que la gracia será derramada dentro de los límites de la legalidad del Reino.

Dentro de su soberanía, el Señor ejecuta su misericordia. El ejercicio de su misericordia quedó demostrado cuando se hizo carne y habitó entre los hombres. Él fue misericordioso hasta con sus peores ofensores. Esto significa que, aunque Él conoce nuestra culpabilidad, no siempre ordena el castigo merecido. Romanos 3:24 dice: *“...siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.”*

El plan de Dios se deriva de su amor misericordioso por los hombres. Sabiendo que no había nada que pudiéramos hacer para ganarnos el camino hacia su presencia, Él hizo un camino a través de la crucifixión de Cristo. Sin dudas, la misericordia es el regalo de Dios para algunos escogidos.

“En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo”

Efesios 1:11 y 12

Usted puede estarse preguntando ¿cuál es la diferencia entre misericordia y gracia? Bueno, en realidad, éstas son confundidas con frecuencia. Mientras que los términos tienen significados similares, la gracia y la misericordia no son lo mismo en toda su expresión.

Para sintetizar la diferencia vemos que misericordia es que Dios no nos castigue como lo merecen nuestros pecados, y gracia no sólo contiene eso, además es que Dios no sólo nos salve, sino que nos bendiga a pesar de que no lo merezcamos. La misericordia es la liberación del juicio a través de Jesucristo, mientras que la gracia es la bondad que se extiende en Cristo sobre quienes no la merecen.

La gracia ha sido definida como favor inmerecido de Dios; y si es inmerecido, nadie puede reclamarlo como derecho inalienable. De todas maneras, vamos a ver durante el desarrollo de este libro que definir gracia como el favor inmerecido es la intención más primaria y precaria que podemos utilizar.

Si gracia fuera solamente un favor, sólo nos quedaría comprender o asumir los motivos. Sin embargo, gracia es la esencia de Dios, por eso no puede ser enseñada como un tema más ni puede definirse completamente bajo la simple estructura de un concepto.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”

Juan 1:14

Es cierto que el mundo material está regido por leyes, pero detrás de esas leyes está el soberano Señor. Debido a que Dios es justo, sus juicios fueron sobre Jesús y lo serán sobre toda la tierra. Debido a que Dios es fiel, se cumplen las enseñanzas de su Palabra; debido a que Dios es omnipotente, ninguno puede resistirse a su voluntad con éxito, y debido a que Dios es omnisciente, no hay problema que escape a su conocimiento ni dificultad que confunda su sabiduría.

Como mencioné anteriormente, la gente puede dudar de Dios o de su existencia, al juzgar mal las cosas que ocurren. Sin embargo, nosotros como hijos renacidos, sabemos de su soberanía, de su misericordia y de su gracia a través de Jesucristo. Por eso, considero que no hay nada por lo que los hijos de Dios debemos contender con más ahínco que por el dominio de nuestro Señor sobre toda la creación; el reinado de Dios sobre todas las obras de sus propias manos y el derecho a sentarse sobre su trono de autoridad.

***“¿Quién será aquel que diga que sucedió algo
que el Señor no mandó?”***

Lamentaciones 3:37



Capítulo dos

De Dios a los hombres

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”

Romanos 8:29 y 30

La palabra traducida como predestinados en el pasaje citado viene de la palabra griega **“proorizo”** que significa determinar anticipadamente, ordenar, decidir con antelación. Por lo tanto, predestinación es Dios determinando anticipadamente ciertas cosas que van a ocurrir por adelantado.

Es muy curioso que la palabra predestinación, mencionada literalmente varias veces en las Escrituras, sea tan polémica dentro del ámbito cristiano, incluso

temida por muchos. Creo que esto ocurre, porque algunos no quieren asumir una posición en la cual Dios pueda parecer injusto. Otros la aceptan, explicándola de manera tal que no signifique lo que significa y al final es absurdo, porque Dios no necesita que tratemos de defenderlo de nada. Él es soberano y justo, se mire como se mire.

En el capítulo anterior analizamos la soberanía de Dios y no dudamos de su gobierno. De acuerdo a los escritos del apóstol Pablo a los romanos, Dios predeterminó que ciertos individuos serían conformados a la semejanza de su Hijo, llamados, justificados, y glorificados. Esencialmente, Dios predetermina que ciertos individuos serán salvos y debo admitir que me encanta que así sea.

Para incomodidad de muchos hay un montón de pasajes bíblicos que podría citar para certificar que los creyentes en Cristo somos elegidos soberanamente. (**Colosenses 3:12; 1 Tesalonicenses 1:4; 1 Timoteo 5:21; 2 Timoteo 2:10; Tito 1:1; 1 Pedro 1:1 y 2; 2:9; 2 Pedro 1:10**) Aun citaré otros como:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero”

Juan 6:44

“Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir

a mí, si no le fuere dado del Padre”

Juan 6:65

“Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro”

Mateo 24:31

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado”

Efesios 1:3 al 6

“Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama”

Romanos 9:11

La predestinación es la doctrina bíblica de que Dios en su soberanía elige a ciertos individuos para ser

salvos. La objeción más común hecha a la doctrina de la predestinación es que es injusta. ¿Por qué Dios escogería a ciertos individuos y a otros no?

El punto más importante que debemos recordar es que ninguno de nosotros merecemos ser salvos, porque todos hemos pecado (**Romanos 3:23**) y todos merecemos el castigo eterno (**Romanos 6:23**). Como resultado, Dios sería perfectamente justo en dejar que pasemos una eternidad en el infierno. Sin embargo, Dios decidió salvar a algunos de nosotros. Él no está siendo injusto con aquellos que no eligió, porque ellos reciben lo que merecen. El hecho de que Dios fuera clemente con algunos, no lo hace injusto para con los otros.

Nadie merece nada de Dios, por lo tanto, nadie puede objetar si no recibe algo de Dios. Una ilustración de esto es la parábola del obrero de la undécima hora: **Mateo 20:1 al 16**. En la cual, un campesino contrató trabajadores para su viñedo por primera vez a las seis de la mañana, luego contrató a otros a las nueve de la mañana, a otros a las doce del mediodía. A las tres de la tarde lo hizo una vez más y cuando la tarde ya caía contrató a otros a las seis de la tarde, los cuales trabajaron solo por un par de horas.

Este hombre, que obviamente representa a Dios, fue tanto justo como generoso. Con el primer grupo de trabajadores fue justo, ya que aceptó pagarles según lo

acordado, es decir, un denario, el salario ordinario por un día de trabajo. Luego fue progresivamente más generoso con cada grupo de trabajadores contratados a lo largo de todo el día, a quienes el campesino podría haberles pagado de acuerdo a cuánto trabajaron, pero en su soberana voluntad eligió pagarles según su gracia y no sólo según el compromiso asumido.

El principio operativo del reino de los cielos no es el mérito, sino la gracia. Comprendemos más fácilmente este principio en el contexto de nuestra salvación. Conocemos las palabras de Pablo: *“Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe... no por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8 y 9), pero muchos líderes asumen que nos ganamos las bendiciones de Dios por nuestras obras, aparte de la gracia de Dios y creo que es como para dejarle algo al hombre, no sea que algunos se relajen y disfruten demasiado.

La Biblia dice que todos los seres humanos lo único que tenemos que hacer es creer en Jesucristo y seremos salvos (**Juan 3:16; Romanos 10:9 y 10**). La Biblia nunca describe a Dios rechazando a una persona que cree en Él, o alejando a alguien que lo haya estado buscando (**Deuteronomio 4:29**). El gran tema es que nadie lo busca y nadie lo elige (**Romanos 3:11 y Juan 5:40**) por tal motivo Dios en su soberanía elige a algunos.

El Señor determinó que su Reino avanzara en este mundo salvando a pecadores por medio de la predicación del evangelio (**1 Corintios 1:21**). La pregunta sería: ¿Si Dios ya escogió a quienes serán salvos, para qué predicar?

La respuesta bíblica a esta pregunta es que evangelizamos porque Dios nos manda, como vemos en el pasaje de la Gran Comisión:

“Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado; y ¡recuerden (he aquí)! Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo”

Mateo 28:19 y 20

El mandato a evangelizar no es contradictorio con la doctrina de la predestinación. Debemos evitar llevar enseñanzas claras en la Palabra de Dios a conclusiones que no son bíblicas. Además, evangelizar es un privilegio maravilloso. Nos brinda un gozo que sólo experimentan aquellos que obedecen a Dios y anuncian el evangelio.

Todos los cristianos tenemos el ministerio de la reconciliación (**2 Corintios 5:18 al 21**). Somos llamados a ser embajadores de Cristo y alcanzar a las personas con el evangelio, entendiendo que en última instancia la

conversión de ellas está en manos de nuestro soberano y misericordioso Dios.

“Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra”

Romanos 11:5 y 6

Dios sin duda escogió la fe como un medio para alcanzar la gracia. Muchas veces yo he escuchado decir que somos salvos por la fe, pero en realidad eso no es lo que dice la Biblia, el apóstol Pablo en su carta a los Efesios dijo:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”

Efesios 2:8

Aquí podemos ver claramente que la fe es un medio para alcanzar la gracia y no al revés. Sin embargo, creo que el Señor escogió la fe como un medio porque le otorga toda la gloria a Él, como corresponde.

La salvación es por medio de la fe para que sea por gracia, y es por gracia para que nadie se vanaglorie, porque Dios no puede tolerar el orgullo. ***“Al altivo mira de lejos”*** y no desea estar más cerca de él. No concederá

la salvación de ninguna manera que sugiera o fomente el orgullo. Pablo dice: ***“No por obras para que nadie se gloríe”***. La fe, sin dudas excluye toda gloria humana.

Como seres humanos no podemos atribuirnos ningún mérito, sólo nos queda adorar al Dios de toda gracia. La fe es un don de Dios, es decir, un regalo que Dios pone como corona en la cabeza que corresponde y por ese mismo motivo Jesús destacó la corona de una pecadora diciendo: ***“Tu fe te ha salvado, ve en paz”*** (Lucas 7:50).

Además de salvarnos, el Señor asume continuar su obra hasta el final y ni la más densa tiniebla puede impedir eso.

“...porque estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”

Filipenses 1:6

Qué extraordinario lo que Pablo expresa en este pasaje. Les dice a los hermanos de Filipo, y a nosotros, que Dios no ha terminado aún, que nunca nos dejará, que trabajará en nosotros, sin cesar, porque ha garantizado el resultado final y ese resultado no depende de nuestras capacidades. Lo que Dios comienza siempre lo termina.

El Señor le dijo a Jacob: *“Yo no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”* (Génesis 28:15). Lo que comenzó por la gracia será concretado por la gracia. Eso no implica pasividad alguna en nosotros, por el contrario, significa entrega, humildad, rendición y fe, porque Dios está trabajando en nuestras vidas.

Debo aclarar que Dios, como Padre, nos ve en Cristo y por tal motivo podemos sostener plena comunión, desde una perspectiva final y completa. En otras palabras, Dios nos ve justos, santos y perfectos como es Cristo, a la vez que su Espíritu Santo trabaja cada día para llevarnos a esa plenitud.

Dios nos trata como si ya estuviéramos completos. Él no nos ve como nosotros solemos vernos, por su gracia nos ve en Cristo. Esa es la mitad de nuestra realidad. Completos en Cristo, terminados, sin nada que agregar. Pero existe otra mitad. Y la otra mitad no es sobre la justificación, es sobre la formación del carácter, los procesos para el desarrollo pleno y la instrucción para la madurez espiritual.

El Espíritu Santo gestionará su proyecto de vida en nosotros, de tal manera que seamos procesados todo lo necesario. Esto no implica castigos o sufrimientos vanos; por el contrario, sin generar adversidad, Dios utiliza las adversidades que llegan a nuestra vida para procesarnos.

Tampoco procura Dios hacernos buenos trabajadores del reino, Dios no necesita que seamos simplemente trabajadores, Él desea que podamos ser hijos maduros para gobernar la herencia con sabiduría y capacidad.

La salvación, el perfeccionamiento y la herencia misma son una clara expresión de su gracia infinita a través de Jesucristo. Lamentablemente, muchos hermanos, después de unos años de cristianos, comienzan a creer que son sus obras, su devoción o su trabajo, lo que los convierte en justos herederos, pero en realidad siempre fue y será la gracia de Dios en nosotros.

“Porque es Dios mismo quien hace posible que ustedes deseen hacer lo que a Él le agrada. Y no solo eso, sino que también les da el poder para que lo hagan Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”

Filipenses 2:13 (PDT)

Dios produce en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad, pero demanda de nosotros humildad, entrega y devoción. Pensar que nos cambiará sin importar nuestra voluntad es una interpretación que es una desviación de la verdad. Él trabaja primero produciendo

su voluntad en nuestro corazón y luego sí manifestaremos sus hechos, pero no hará nada sin nuestra entrega.

Dios nunca comienza a trabajar de afuera hacia nuestro interior, sino al revés, por eso cuando endurecemos nuestro corazón impedimos su obrar. En tal caso, queda el quebranto o el fracaso. Lo menciono porque cuando citamos este pasaje de Filipenses justificando nuestra pasividad, nos olvidamos que el verso anterior dice: ***“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor...”***

Ahora podemos ver que Dios nos transforma mientras estamos ocupados en nuestra salvación con temor y temblor; es decir, cuando la tenemos por primera prioridad en nuestra vida; en ese caso su Espíritu obra en nosotros cambiando nuestros deseos a los deseos de Dios, y nos da el poder de obrar conforme a su voluntad, lo cual es gracia manifiesta. Pero, por otra parte, si estamos ocupados en otras cosas; como las cosas de la carne o del sistema que nos rodea, sólo cosecharemos muerte.

“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”

Romanos 8:6 al 8

En la carne todos tenemos la inclinación a interpretar el evangelio según la conveniencia personal de cada uno; por eso se ven estas distorsiones, y sumado a esto, está la operación de las tinieblas que siempre nos dirán lo que queremos escuchar, usando parte truncada de las Escrituras, para mantenernos en su dominio; el dominio que le fue dado sobre toda carne a través del pecado (**Romanos 7:14 al 23**).

¿Queremos que Dios nos transforme por su gracia? ¡Claro que sí!; entonces ocupémonos de lo que decimos que valoramos sobre todas las cosas y no nos dejemos engañar. Calvino lo expresó de esta manera: *“La fe, sola, salva, pero la fe que salva, no está sola”*.

“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras”

Santiago 2:17 y 18

Sólo Dios puede ver los corazones. Él conoce cuál es nuestra verdadera condición. Las personas no pueden ver nuestra fe, pero ellos pueden observar nuestras obras de la fe. Santiago dice que mostremos esa fe exteriormente, de tal manera que nuestro prójimo se dé cuenta de que somos diferentes. No es necesario que llevemos una identificación o un símbolo visible que nos

identifique como cristianos, es el fruto espiritual lo que nos dará a conocer.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”

Hebreos 13:20 y 21



Capítulo tres

El evangelio adulterado

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios”

Hechos 20:24

Por alguna extraña razón, el evangelio lleva más de dos mil años predicándose sin causar la transformación que sabemos puede producir. La iglesia del primer siglo tenía un poder transformador que no se volvió a repetir sino sólo por algunos pequeños avivamientos y es extraño, porque la lógica sería que durante tantos años que han pasado, hubiéramos mejorado, perfeccionado y madurado el verdadero evangelio.

Teniendo en cuenta que en esa iglesia temprana, sin medios de comunicación, ni sistemas de crecimiento, lograron trastornar y transformar las ciudades, deberíamos hacernos una pregunta: ¿Cuál era el secreto o el método que utilizaron?

Los apóstoles pudieron transformar ciudades enteras, porque Dios respaldaba su mensaje. Creo que, si el mensaje es el correcto, no sólo recibe el respaldo de Dios, sino que también recibe los ataques de las tinieblas. Eso es genial, porque si no hay ataque, es que no estamos haciendo o diciendo nada que incomode al enemigo.

Lo maravilloso del evangelio del reino, es que el enemigo lo puede atacar de mil maneras, incluso persiguiendo y matando a cristianos, sin embargo, cuando el mensaje es el correcto, no tiene forma de detenerlo, porque no se trata de una predicación sino de una vida, expresada con toda plenitud.

Hay un riesgo al predicar un mensaje no adulterado, pero sin dudas Dios lo respalda y puede propagarlo como el fuego sobre la hierba seca. El enemigo, por su parte, tratará de detenerlo con un ataque frontal, sin embargo si no obtiene resultados, intentará hacerlo infiltrando una cuota de religiosidad que contamine la gracia y con eso puede obtener lamentables resultados.

Podemos ver que aun los apóstoles cayeron en la duda sobre aquellas cosas que debían guardar de la ley y las que no, ellos lucharon para romper un paradigma instalado durante muchos años en sus conciencias, pero

sin quererlo, en varias ocasiones se les metió la religiosidad.

La batalla entre la religión y Cristo se volvió aún más intensa en el libro de Hechos que en los mismos evangelios y tengamos en cuenta que a Cristo lo crucificaron los religiosos, porque Roma hizo el trámite, pero fueron los religiosos los que lo acusaron falsamente. El reino sufre violencia y la seguirá sufriendo, porque los violentos quieren impedir que Dios gobierne (**Mateo 11:12**).

No hay un ataque a las palabras, hay un ataque al mensaje de la gracia, que no es precisamente una predicación, sino la vida misma, que incluye palabras.

***“un ángel del Señor abrió de noche las puertas de la cárcel y conduciéndolos afuera, dijo:
Id, y puestos en pie en el templo,
hablad al pueblo todas las palabras de esta vida”***
Hechos 5:19 y 20

¿Qué vida? La vida que no puede ser retenida, la vida del reino, la vida de gracia y no la práctica de una religión.

Debo confesar como ministro itinerante que, en un alto porcentaje, el evangelio ha sido mal vivido y

predicado en muchas congregaciones, y por esto el mundo no ha experimentado el impacto que la iglesia ha debido producir.

Los cristianos, no hemos desarrollado el máximo de nuestro potencial espiritual, por no haber predicado un evangelio libre de religiosidad, un evangelio de gracia. Creo que muchos han tenido miedo de hacerlo por el riesgo que implica el mensaje de la gracia, pero debemos resolver esto con una mentalidad de reino y debemos hacerlo lo antes posible. Incluso a costa de correr algunos riesgos.

¿Cuál es el verdadero riesgo que vale la pena correr? Es el riesgo que se genera por causa de predicar una palabra revelada de Dios a la gente. De allí en más, todos los demás riesgos son muy bajos.

Juan el Bautista predicó un mensaje revelado para su tiempo y le terminaron cortando la cabeza, Jesús predicó un mensaje revelado a sus seguidores y lo terminaron crucificando. A Pablo también lo decapitaron y al resto de los apóstoles los mataron de manera cruel, como a muchos hermanos. Sin dudas, la predicación del evangelio de la gracia no es para cualquiera.

“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido,

*no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto
y vergonzoso, no andando con astucia,
ni adulterando la palabra de Dios,
sino por la manifestación de la verdad
recomendándonos a toda conciencia
humana delante de Dios”*

2 Corintios 4:1 y 2

Pablo dice que debemos renunciar a la astucia y al ocultismo que viene de una palabra adulterada. Él dijo tener cuidado de sí mismo y hacer todo lo necesario para no quedar descalificado después de haber enseñado a otros (**1 Corintios 9:27**).

Pablo se gloriaba de no haber adulterado el evangelio de la gracia. Él manifestaba su permanente inseguridad personal y su incapacidad carente de méritos. Él se humillaba al declarar todas las cosas por basura. Cosas entre las que estaban el haber estudiado con gran afán y dedicación las Escrituras, nada menos que a los pies de un renombrado maestro judío como lo fue Gamaliel.

Cualquiera diría que tanto estudio y conocimiento escritural le hubieran servido para ser un excelente siervo de Dios, sin embargo, pensando que efectivamente ejercía un buen servicio, sólo estaba pegando patadas contra el Señor. Cuando perseguía cristianos para

matarlos, Dios le salió al cruce y le dijo: *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”* (Hechos 9:5). Es decir, toda su capacitación, sólo fueron méritos personales, pero no le sirvieron para alcanzar la verdad y él lo sabía.

Pablo no levantó fortalezas al mensaje del reino y procuró no mezclar su anterior conocimiento, con el mensaje revelado en la presencia del Señor. Él mismo nos instó a través de la carta a los corintios a derribar argumentos, fortalezas y altiveces que pudieran levantarse contra el conocimiento de la voluntad revelada de Dios (**2 Corintios 10:5**). Él mismo dijo que debíamos renovar nuestra mente, en el entendimiento de la palabra de Dios, para que podamos comprender cuál sea su voluntad, buena, agradable y perfecta (**Romanos 12:2**).

Ante esta actitud, el Señor, dejó ministrar a Pablo el evangelio bajo franquicia de reino y aun pudo llegar a denominarlo como: “Mi evangelio”. Los motivos de la inseguridad personal y la humillación de Pablo fueron por su vida pasada y la persecución que realizó a la Iglesia del Señor. Sin embargo, su encuentro con el Cristo resucitado y una visita al tercer cielo cambiaron para siempre su revelación de la Palabra.

Pablo en su primer encuentro con Cristo quedó ciego, pero sus ojos espirituales se abrieron y pudo ver su

terrible error, entonces descubrió la Gracia inagotable y maravillosa. Luego caminó con temor de no deslizarse de esa gracia y amonestó a otros ministros de la Palabra, como al apóstol Pedro, a quién exhortó públicamente, porque a través de un evangelio adulterado estaba llevando a los gentiles a judaizar.

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión.

Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos.

Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”

Gálatas 2:11 al 14

Sin dudas Pablo fue el apóstol de la gracia, el hombre que recibió el evangelio por revelación celestial, el que tuvo un encuentro con el Cristo resucitado. Esto queda en evidencia por sus escritos, ya que de las 155 veces que aparece la palabra gracia (*járis*) en el Nuevo Testamento, 100 casos tienen lugar en sus cartas.

Pablo se reconoce a sí mismo, como una obra de la gracia de Dios, tanto él, como su trabajo apostólico. ***“Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la iglesia de Dios. Empero por la gracia de Dios soy lo que soy: y su gracia no ha sido en vano para conmigo; antes he trabajado más que todos ellos: pero no yo, sino la gracia de Dios que fue conmigo”*** (1 Corintios 15:9 y 10)

Así, pues, todo lo que nos encontramos en la vida y en el apostolado de Pablo es reconocido por él como regalo y obra de Dios. Pues ése es precisamente el significado básico del término. Es gracia lo que se regala, lo que se da sin merecerlo y sin que se pida nada a cambio. Por eso puede decir el apóstol que en el fondo no es él el autor de su trabajo: ***“No yo sino la gracia de Dios que está conmigo”***.

Pablo enseñaba a tomar conciencia a todos de haber recibido todo don, sin mérito personal o alguna obra de justicia. De hecho, cuando Pablo cura la herida abierta en su relación con la comunidad de Corinto, les argumentó diciendo: ***“¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si realmente lo has recibido ¿por qué te enorgulleces como si no lo hubieras recibido?”*** (2 Corintios 4:7). Esto lo hacía dejando en claro, que ni él, ni nadie eran merecedores o poseedores de algún don por mérito humano.

Más aún, pudo llegar a decir que ni siquiera su vida era ciertamente su vida de verdad: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”*** (Gálatas 2:20). De tal manera, Pablo reconocía que nada de lo que era o tenía, podía ser atribuido a una virtud personal.

Lo que más vinculaba Pablo de su vida a la obra de la gracia es el haber sido llamado por Cristo siendo un perseguidor de la iglesia. Así lo manifestó en la carta a los gálatas cuando trataba de legitimar su actuación y su predicación del evangelio frente a otros cristianos procedentes del judaísmo para quienes la observancia de la religión judía en su totalidad era necesaria para la existencia cristiana. Precisamente la predicación de Pablo se legitima por tener su origen en una actuación graciosa de Dios, es decir regalada nada más y nada menos que a quien era perseguidor de los cristianos.

Es como si Dios hubiera probado a través de Pablo que la gracia no sería gracia, si eligiera lo mejor. Por eso dice: ***“Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para***

deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1Corintios 1:27 al 29).

Pablo siempre hizo mucho hincapié en reconocer la gracia de Dios, porque según él, la gracia se puede anular, viviendo como si la obra de Dios dependiera de nosotros. Los hijos de Dios, tenemos todo otorgado en Cristo y fuera de Él no tenemos nada. Nosotros no vivimos haciendo cosas para conseguir algo, sino porque ya lo hemos conseguido todo en Cristo.

No sería verdad que Cristo nos ha reconciliado con el Padre si fuéramos nosotros los que tuviéramos que alcanzar todavía esa reconciliación. Hay algunos predicadores que no dejan en claro si ya tenemos todo en Cristo, o todavía tenemos que hacer algo para conseguirlo. Ese evangelio mete presión a las personas y deja en manos humanas aquello que sólo debe funcionar a través de la gracia divina.

Según Pablo, hay quienes buscan conseguir la bendición de Dios con su actuación personal y a ellos les dijo: ***“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído*** (Gálatas 5:4).

Ahora bien, si esto es así ¿qué sentido tiene y qué razón la actuación del hombre? Pablo sabe que en su situación de hombre en Cristo está ya transformado por la

gracia y que sus obras de hombre nuevo no brotan mandadas o forzadas desde fuera, es decir, por la ley, sino generadas desde dentro, desde su corazón nuevo renovado por la gracia de Dios (**Romanos 6:2**). Así con todos nosotros.

Las buenas obras del hombre no consiguen el perdón de Dios, sino que, por el contrario, son expresión de que el hombre ha sido perdonado y transformado. La buena actuación del hombre no consigue la salvación, sino que haber sido salvado es la causa de que el hombre pueda actuar bien.

Eso significan las buenas obras del nuevo hombre. Bien claro lo dice Pablo: *“Ni circuncisión ni incircuncisión significan algo, sino criatura nueva”* (Gálatas 6:15). Por eso nadie puede gloriarse, ya que nuestras obras no consiguen la gracia de Dios, sino que sencillamente la manifiestan.

La forma de hacerlo, además de la salvación y la posición de hijos, es a través de la pluralidad de los dones. Aunque es verdad que Pablo utiliza siempre el término gracia en singular y nunca en plural, la gracia recibida es pluriforme. Por tanto, podemos decir que la gracia es Jesucristo, Él es la gracia total. Sin embargo, a través de Él, recibimos muchos regalos: *“De manera*

que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada...” (Romanos 12:6).

Me parece que todavía queda por apuntar un aspecto importante de la obra de la gracia en la que Pablo también hubo de ser enseñado y son los padecimientos, las pruebas y los procesos. Estos también son parte de la gracia maravillosa de Dios. Hoy no se predica considerando las adversidades como parte de la gracia, pero lo son. Predicar que gracia incluye sólo lo bueno, también es adulterar su esencia.

En ese contexto Pablo nos atestigua una dificultad de su vida personal:

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”

2 Corintios 12:7 al 9

No sabemos en concreto qué fue ese aguijón en su carne, hay cierta controversia teológica al respecto y no

me interesa entrar ahí, solo creo que se trató de alguna enfermedad. Esto hacía que Pablo no pudiera ensoberbecerse pues cada tanto algo le recordaba su débil condición. Y Pablo pide a Dios verse libre de esa espina, pero el Señor le dijo: ***“Bástate mi gracia...”***

Pablo aprendió desde su primer encuentro con Cristo en el camino de Damasco a reconocer el poder de Dios y de su gracia, cayó desorientado y ciego, fue perseguido, apedreado, encarcelado, azotado, apaleado, despreciado, traicionado, sufrió un naufragio, lo picó una serpiente y vaya uno a saber cuántas cosas más le ocurrieron, de las cuales no escribió. Sin dudas la gracia maravillosa de la que tanto escribió, incluía ciertos padecimientos, pero Pablo nunca se quejó de eso; por el contrario, cuando en el ocaso de su vida dijo estar acabando la carrera, no sólo estaba encarcelado, sino que estaba a las puertas de que cortaran su cabeza.

Al final, Pablo comprendió y pudo enseñarnos a todos que la gracia incluye todos los beneficios y todos los procesos, siendo la muerte la mayor corona de esa gracia. ***“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”*** (Filipenses 1:21).

Lamentablemente, por causa del evangelio adulterado, falta de verdadera gracia, no se comprenden los procesos de dolor, la muerte y tampoco el martirio.

Todo esto es parte de la gracia maravillosa de Dios y si pudiéramos dimensionar esto veríamos que, en la gracia, nunca se pierde:

***“¿Quién nos separará del amor de Cristo?
¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre,
o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito:
Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos
contados como ovejas de matadero. Antes,
en todas estas cosas somos más que vencedores
por medio de aquel que nos amó”***

Romanos 8:35 al 37

Personalmente creo que el evangelio de hoy no será un evangelio efectivo, hasta tanto Dios trabaje en nuestras conciencias, limpiándonos de toda contaminación religiosa. La impronta recibida y la formación teológica de muchos pastores y líderes ha sido permeada por caudales carentes de gracia, tanto para enseñar que no es por mérito o fuerza humana, como para enseñar que las adversidades y la muerte son la corona de toda gracia.

Que se nos revele Cristo y el evangelio sin adulterar será lo único que nos garantice el éxito en la tarea que Dios nos asignó.

“Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos”

2 Corintios 4:5 al 10

La revelación de la gracia nos permitirá comprender, que nuestros conocidos, amigos o familiares no necesitan ir a una reunión de culto, sino que necesitan recibir por nuestra vida un evangelio no adulterado. Que ellos puedan ver en nosotros la gracia de Dios. No sólo por todos los beneficios recibidos, sino por la fortaleza que manifestemos al transitar toda situación de adversidad. Estoy convencido de que, si la gracia se nos revela con toda plenitud, hablaremos y actuaremos de tal manera que el resultado será sobrenatural y extraordinario.

Una vez más: ¿Cuál es el verdadero riesgo de una iglesia de reino? La comunicación, la proclamación y la exposición de un evangelio de gracia. Esto parece lógico y fácil porque siempre asumimos que es nuestra asignación. Sin embargo, el desafío es poder hacerlo sin adular su esencia a conveniencia nuestra o de la gente.

Una persona que gestiona en su vida el evangelio no adulterado no puede permanecer por mucho tiempo en una misma condición, cambiará su posición de manera continua, pudiendo avanzar a la plenitud de vida con toda seguridad. Sin embargo, creo que: “No habrá plenitud de vida si no hay plenitud de gracia...”

Dios nos habla a nosotros en este tiempo y por el Espíritu que debemos aprovechar a vivir lo que otros desearon y no pudieron. Somos privilegiados de vivir los tiempos de gracia que vivimos con el Señor, pero si no lo sabemos por carecer de la revelación correcta o por el evangelio adulterado, entonces nos perderemos las mayores virtudes que Cristo conquistó para nosotros.

***“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos.*”**

A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”

1 de Pedro 1:10 al 12

Pedro dice que los profetas inquirieron y diligentemente indagaron, esto significa algo así como perforar con desesperación hasta encontrar agua. Que no es precisamente sólo leer la Biblia, sino buscar y buscar hasta llegar a los misterios escondidos en Cristo. Es algo así como Ester llegando al trono del rey o la mujer cananea pegando gritos ante Jesús, o Bartimeo rogando, suplicando, tirando la capa y corriendo...

Los profetas y los héroes de la fe fueron hombres que pudieron asomarse a los misterios de la gracia y se maravillaron tanto por ella, que preguntaron a Dios quiénes vivirían semejante cosa y Dios les dijo que no era para ellos, sino que para nosotros administraban el mensaje. Es curioso, porque nosotros admiramos mucho sus hazañas, sin embargo, ellos hubieran dado todo por tener lo que nosotros tenemos hoy: la gracia.

Pedro mismo que después de haber negado a Jesús, recibió la gracia, enseñó:

“desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor”

1 de Pedro 2:2 y 3

Debemos extremar todos los cuidados, porque el espíritu de la religión procura adular la verdadera Palabra.

Permítame compartirle una historia que tenía escrita en un cuaderno y no tengo registro de donde la he tomado, sin embargo, me gustaría compartirla en este capítulo:

Un joven desarrolló un inmenso amor por las Escrituras y la lectura bíblica diaria. El sacerdote que lo estaba echando de menos en la parroquia, decidió ir a verlo para hablar con él. Al encontrar que Ramón estaba leyendo su Biblia, le dijo sorprendido: ¿Por qué estás leyendo tu Biblia, acaso no sabes que es peligroso leer ese libro sin un 'entendido' que te la pueda explicar?

Seguro, dijo el joven, recién leí lo que escribió el apóstol Pedro, al decir, ***'Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada'***; y de seguro que yo soy un recién nacido, y yo tengo hambre por la leche de la Palabra de Dios. Ah, sí, dijo el sacerdote, pero

el Todopoderoso ha designado a los sacerdotes y al clérigo como los lecheros. Nosotros tenemos que tomar la leche y dártela a ti en la cantidad que necesites. Solamente los sacerdotes pueden obtener la leche de la Palabra de Dios para ti.

El joven pensó por un momento y dijo, Sabe, yo tengo una vaca en el establo, y hace algún tiempo yo estuve enfermo, así que contraté a un hombre para que ordeñara la vaca, pero pronto descubrí que él se estaba robando la mitad de la leche reemplazándola con agua al llenar los cántaros. Y por supuesto que era una leche de mala calidad la que estaba recibiendo. Pero ahora estoy ordeñando yo mismo mi vaca, y estoy obteniendo excelente leche sin agua. Sin más, el sacerdote se retiró chillando sus dientes...

Más allá de nuestro imaginario joven, nosotros debemos saber que: “Somos lo que comemos” y es muy importante ser alimentados correctamente para una vida espiritual efectiva. Es verdad que Dios asignó dones a la Iglesia para obtener mayor efectividad en la impartición de su verdad, dando entendimiento a los apóstoles, profetas, pastores, maestros y evangelistas, y debemos entender que ése es un diseño divino, debemos tener eso muy en cuenta, pero siempre debemos depender del Espíritu Santo que es quien nos conduce a toda verdad y justicia.

El Espíritu Santo nos hará saber si algo está mal en la enseñanza que estamos recibiendo. Esto no implica ignorar dichos ministerios, ni caminar bajo un espíritu de sospecha, sino procurar el discernimiento espiritual verdadero para detectar cualquier error y caminar así bajo la impartición correcta, sin manipulación, sin intimidación, sin amenazas, sólo con el verdadero mensaje de la gracia.

Hoy es muy común que los hermanos miren a través de las redes sociales o canales de comunicación como YouTube a diferentes predicadores y está bien, nadie tiene el derecho de evitar eso. Sin embargo, debemos tener sumo cuidado y hacerlo con discernimiento espiritual, porque en la red hay mensajes extraordinarios para edificar correctamente nuestra vida, pero también hay otros perversos y diría sin temor que también diabólicos.

Nosotros no somos jueces para juzgar a los ministros que puedan estar caminando en el error; muchos de ellos, aunque estén haciendo mucho daño, son víctimas de un sistema que los impartió con la enseñanza incorrecta y, fieles a ese evangelio adulterado, siguen afectando para mal a mucha gente. Sin embargo, Dios siempre sigue teniendo el control.

No somos nosotros los encargados de hacer justicia al respecto, sólo debemos saber discernir y elegir conforme el Espíritu Santo nos guíe. No somos víctimas, somos responsables de vivir la gracia y no permitir que nadie nos meta una cuota de religiosidad. Asumiendo también que la gracia no es licencia para pecar (**Romanos 6:1**).

La gracia es un derecho reservado de Dios que se la revelará a quien se la desee impartir, pero nadie tiene el derecho de enseñarla incompleta, ni como una teoría, ni con agregados humanistas, simplemente porque dejará de ser gracia.

Nos hará falta una eternidad para entender completamente la gracia de Dios y por qué motivo Él nos amó de tal manera, pero eso no debe impedirnos que la celebremos y la vivamos con toda intensidad.

¿Por qué es tan importante que vivamos el evangelio de la gracia y no adulteremos su esencia? Porque la gracia es Jesucristo.

El infierno podrá esperar a cualquiera, pero nunca a un pecador que entendió la gracia. La disciplina de la gracia es predicarnos todos los días a nosotros mismos que estamos en la gracia, sin adulterar esa verdad.

***“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono
de la gracia, para alcanzar misericordia
y hallar gracia para el oportuno socorro”***
Hebreos 4:16



Capítulo cuatro

Entendiendo La gracia de Dios

*“No desecho la gracia de Dios;
porque si la justicia fuera por medio de la ley,
entonces por demás murió Cristo”*

Gálatas 2:21

La gracia no es un tema ni es una doctrina teológica, por lo tanto la gracia no se puede entender con una enseñanza, ni se puede acceder a ella realizando profundos estudios. La gracia se nos tiene que revelar.

La gracia es un atributo de Dios puesto al servicio de los seres humanos indignos. Nosotros no la buscamos, sino que fue enviada en busca nuestra. Dios se complace en concedernos su gracia, no Porque seamos dignos de ella, sino porque somos absolutamente indignos. Lo único que nos da derecho a ella es nuestra gran necesidad.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo.

Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.

Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”

Juan 1:14 al 18

Todo lo que recibimos por Cristo se resume en esta sola palabra: gracia; recibimos gracia sobre gracia y solo a través de su persona. La ley de Dios puede ser santa, justa y buena, pero debemos hacer el uso apropiado de ella, porque si no se nos revela en la persona de Cristo, puede que estemos en problemas. Cuando alguien mezcla la gracia y la ley manifiesta por obras humanas, puede estar bebiendo un cóctel mortal.

Como hemos visto en el capítulo anterior, no ha sido sin dificultades que se ha venido predicando el evangelio de la gracia. En este capítulo veremos lo que es la gracia, los problemas de la gracia y cómo podemos vivir y crecer en ella.

Desde los tiempos de la iglesia primitiva ha existido problema con el evangelio de la gracia, por eso lo mencioné claramente. En aquel tiempo, muchos judaizantes querían seguir viviendo bajo los preceptos de la ley, pues no habían entendido el verdadero significado de la gracia. Lo peor del caso era que también querían hacer que los gentiles que ponían su fe en Cristo, guardaran también la ley de Moisés como ellos.

A los judíos, por su parte, se les hacía muy difícil entender que eran libres en Cristo. Estaban tan acostumbrados a tratar de recibir la justificación por medio de las obras que les parecía imposible recibir la completa justificación tan sólo por creer en Jesucristo.

“Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?”

Gálatas 3:2 y 3

Pablo les exhortaba porque habían recibido la perfecta gracia, sin embargo, les resultaba difícil de entender, por eso digo que la gracia se recibe por revelación y se debe vivir en ella de la misma manera, de lo contrario, se cae fácilmente en las obras y la conciencia.

En Hechos 15, se tuvo que llevar a cabo en Jerusalén el primer concilio de la iglesia cristiana, para resolver el problema de los judaizantes que querían seguir imponiendo cargas a los nuevos creyentes en Cristo. En esa ocasión, el Espíritu Santo guió a los apóstoles a ordenar a los gentiles que no tenían que guardar la ley, pero no les fue fácil dicho asunto.

Ruego que el Espíritu Santo nos revele cada día las dimensiones de la gracia. Pero hasta donde nos sea posible analicemos: para poder entender lo que sí es la gracia, tenemos que comenzar hablando acerca de lo que no es gracia, y qué mejor que hablar del Pacto de la Ley para entender el concepto. Antes que viniera la gracia por Jesucristo, vino la ley por medio de Moisés.

La ley eran las obligaciones de un pacto basado en demandas y obras de obediencia. La Biblia dice que bajo el pacto de la ley el perdón y la salvación podían obtenerse, pero era un requisito el cumplimiento perfecto de ella. De hecho, demandaba ser perfecto a quienes la pretendían (**Deuteronomio 18:13**), poniendo por obras, el cumplimiento total de la misma (**Santiago 2:10**).

La ley decía que si el pueblo de Dios obedecía recibiría recompensas, que también eran llamadas bendiciones. Pero que, si desobedecían recibían castigo o maldiciones. Por lo tanto, como nadie podía guardar la

ley de manera perfecta, todos caían bajo maldición. Nadie podía vivir bajo la ley porque nadie podía guardar u obedecer la ley en su totalidad, ya que, si guardaban toda la ley, pero fallaban en una cosa, se hacían culpables de toda la ley.

El problema de los religiosos era que se esforzaban con buenas intenciones, guardando la ley de la manera más extrema que podían y aun agregaban leyes y más leyes, poniéndose cargas difíciles de llevar, pero considerando así que alcanzaban la piedad y la justicia. Al final eso terminaba siendo su pecado.

La ley era totalmente limitada para los seres humanos con naturaleza pecaminosa. Primero, porque no podía justificar (**Gálatas 2:16 y 3:11**), tampoco podía vivificar (**Gálatas 3:21**). No podía dar vida espiritual (**Gálatas 5:5 y Romanos 8:3**). No podía perfeccionar o resolver el gran tema del pecado (**Hebreos 7:19**).

Por otra parte, la ley, al no ser cumplida, producía maldición (**Gálatas 3:10 al 12**). Producía muerte (**2 Corintios 3:6 y 7; Romanos 7:9 al 10**). Traía condenación (**2 Corintios 3:9**). Declaraba al hombre culpable condenándolo (**Romanos 3:19**) y manteniéndolo atado al pecado y a la muerte (**Gálatas 4:3 al 5; Romanos 7:1 al 14**).

Lo bueno de la ley fue que nos proveyó de un parámetro de justicia y rectitud a través de los cuales pudimos comprender la esencia divina (**Deuteronomio 4:8; Salmo 19:7 al 9**). Nos reveló la santidad y la bondad de Dios (**Deuteronomio 4:8; Romanos 7:12 al 14**). Identificó el pecado y nos reveló a todos los hombres nuestra condición pecaminosa (**Romanos 5:20; Gálatas 3:19**). Por último y lo más importante de la ley, fue que obró como un maestro que nos guió y llevándonos hasta Cristo (**Gálatas 3:24**).

Respecto de la gracia, podemos enumerar infinidad de virtudes. En la carta a los efesios, en el capítulo dos el apóstol Pablo nos habla acerca del poder salvador que imparte. *“Porque por Gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8 y 9).

Cuando leemos los versos anteriores, podemos entender que la gracia es el despliegue del amor, de la misericordia y del perdón de Dios hacia una humanidad que no se lo merecía. Pues Dios ofreció su perdón aun *“Cuando estábamos muertos en delitos y pecados”* (Efesios 2:1). Esto es maravilloso, porque los muertos no pueden elegir ser salvos, solo pueden ser elegidos y eso es gracia. Si en verdad pudiéramos elegir a Cristo como muchos predicán, seríamos salvos por causa de la obra de Dios y porque además, tuvimos la capacidad de elegirlo.

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres”

Tito 2:11

Hoy en día el concepto de la gracia es para algunos difícil de entender porque también piensan que tienen que hacer algo además de creer para poder salvarse. Cuando no se entiende el verdadero concepto de la gracia, el hombre en su mente humana siempre tratará de ayudarse en su salvación por medio de las obras.

Algunos todavía creen y enseñan que existen aspectos de la ley que se deben de guardar de manera literal y hasta piensan que ofenden a Dios y pierden su salvación si no lo hacen. Con lo cual, vuelven a ponerse el yugo de cumplir perfectamente con todo, porque si obrando así pecan en un mandamiento de la ley, ya se hacen transgresores de toda la ley (**Santiago 2:10**) y eso produce pecadores constantes. Lo cual vuelve a dejar la solución en manos de Cristo, quien ya cumplió la ley de manera perfecta.

El espíritu de la religión y el legalismo evangélico sigue vivo en muchas formas distintas y lamentablemente siguen esclavizando a muchos hermanos que, debiendo disfrutar de Cristo, están oprimidos por el hacer para recibir.

Los líderes religiosos piensan y enseñan que, si no guardan ciertos rituales y obras continuas, no es posible una fluida comunión con Dios. Los amenazan con quedarse si Cristo viene o de perder la salvación si no hacen lo debido. El apóstol Pablo nos habla en contra de dejar la gracia y volvernos a los débiles y pobres rudimentos que esclavizan (**Gálatas 4:8 al 11**).

Algunos líderes y denominaciones imponen cargas que ni ellos mismos pueden llevar (**Mateo 23:4**). Han hecho toda una doctrina del día de reposo, añaden ritos durante el bautismo, considerando que sólo puede hacerse como ellos dicen, guardan las fiestas judías como si todavía estuvieran vigentes, utilizan símbolos y modismos judíos como si la iglesia del primer siglo las hubiera observado.

Algunos tradicionalistas conservan cierto orden sagrado para sus reuniones, otros ordenan ayunos forzados y sacrificios físicos. Sólo oran de madrugada, guardando cierta formalidad. Se visten de determinada manera, repiten frases con rangos sagrados, se prohíben comidas o bebidas que nada tienen que ver con el pecado pero que, sin embargo, son consideradas mundanas. Sin dudas una cantidad de cargas innecesarias que generan una brutal contradicción: “Le dicen a la gente que son

libres en Cristo y luego les ponen un pesado yugo de prácticas religiosas”.

El apóstol llamó a esta serie de prácticas religiosas y rudimentos del mundo como cosas que: ***“tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne”*** (Colosenses 2:23)

Cuando no se tiene un conocimiento pleno acerca de lo que la gracia representa y lo que en realidad es en la vida de los hijos de Dios, se tratará de añadir otras formas de tradiciones para hacer la religión más completa. Sin embargo, la gracia de Dios ya es completa, y nuestras obras son el resultado de lo que somos, pero nunca para llegar a ser.

La ley demandaba, pero la gracia otorga. La ley demandaba ser santos, la gracia otorga la santidad. No somos santos porque nos portamos bien o hacemos buenas obras. Hacemos buenas obras y nos comportamos de determinada manera, porque somos santos en Cristo.

Un perro no es perro porque ladra, por el contrario, ladrará porque es un perro. Una gallina no pone un huevo para ser gallina, por causa de que es gallina, simplemente

pondrá huevos. Es decir, la naturaleza va primero y luego su resultado.

Cuando alguien cree que debe hacer obras de justicia para ser justo, está poniendo el caballo detrás de la carreta y así no le funcionará la vida. Sólo terminará haciendo mucha fuerza, pero fracasará una y otra vez.

Si alguien pretende hacer todo bien para alcanzar salvación, seguramente se frustrará y perdurará en la sensación y el vacío de no poder lograrlo; sin embargo, si entendió la gracia y vive por ella, celebrará su salvación desde el momento mismo que recibió todo en Cristo.

La ley decía *“Sed perfectos como Dios es perfecto”* y nadie podía lograrlo. En la gracia, la Palabra dice: *“Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto”* pero nos mete en el Hijo perfecto, que es Jesucristo, para que no seamos nosotros intentando la perfección, sino podamos recibirla por la fe en Jesucristo. Por otra parte, esto es bárbaro, porque cuando lo comprendemos así, sólo nos queda darle toda la gloria y la honra a Él.

La gracia es maravillosa, porque hace que alabemos a nuestro Dios de manera continua. Los verdaderos adoradores son los que, al igual que David, comprenden que no hay nada digno en ellos, pero que, sin embargo, han recibido su gracia.

“Natán fue y le dio el mensaje a David. Entonces David fue a la carpa donde estaba el cofre, se sentó delante de Dios, y le dijo: Mi Dios, ¿cómo puedes darme todo esto, si mi familia y yo valemos tan poco?

¿Y cómo es posible que prometas darme aún más, y que siempre bendecirás a mis descendientes?

¿Qué más te puedo decir, Dios mío, si tú me conoces muy bien? Tú me dejas conocer tus grandes planes, porque así lo has querido.

¡Qué grande eres, Dios mío! ¡Todo lo que de ti sabemos es verdad! ¡No hay ningún otro Dios como tú...”

2 Samuel 7:17 al 22 V.L.S.

La gracia es verdaderamente maravillosa, nos trae consigo beneficios, bendiciones y promesas que nunca nos hubiésemos imaginado y que sabemos bien que no merecíamos.

Nos ha proporcionado un mejor Pacto (**Hebreos 8:6**)

Nos ha salvado (**Tito 2:10; 3:4 al 7**)

Nos da vida eterna (**Juan 3:16**)

Nos declara justos (**Romanos 5:17; I Pedro 5:12**)

Nos hace santos (**Hebreo 10:14**)

Nos perfecciona (**Hebreos 10:1, 14**)

Nos da mejores promesas (**Hebreos 8:6**)

Nos capacita (**Tito 2:11 y 12**)

Esa capacidad tiene que ver con poder rechazar la impiedad y los deseos mundanos, para vivir sobriamente para nosotros mismos. Para vivir de manera justa ante nuestros semejantes y para vivir piadosamente para con Dios.

La gracia también nos capacita para servir a Dios con excelencia (**1 Corintios 15: 9 y 10; Efesios 3:8; 4:7**)

Nos da la promesa del Espíritu Santo (**Gálatas 3:2**)

Nos da la unción que operó en Jesús (**1 Juan 2:20**)

Nos da dones (**1 Corintios 12; Romanos 12:3 al 8**)

Nos da la seguridad de la salvación (**Efesios 1:3 al 14**)

Nos da la plenitud de Dios (**Juan 1:16 y 17**)

Nos da la fe para recibir todo esto (**Romanos 5:2**)

No pretendo bajo ningún punto de vista enumerar de manera completa las virtudes de la gracia, porque no entrarían en varios libros y seguramente me olvidaría de muchas. Recordemos a esta altura que la gracia es Cristo, lo único que yo estoy haciendo es mencionando un poquito de lo que su persona nos imparte.

La gracia es el poder de hacer lo que con nuestras fuerzas sería imposible hacer, es la forma que usa Dios para dotar a los creyentes de talentos y capacidades que reflejan el poder de Dios, y no el poder de hombre. Es la esencia de Dios en los hijos, es lo magnífico, es lo extraordinario, es aquello que para el hombre es

imposible, pero para Dios es posible, es la esencia sobre la cual somos revestidos por un poder único.

La gracia ocasiona placer, delicia y da belleza a la personalidad de los hijos de Dios. Los actos y palabras son transformados por la gracia divina. Aquel que posee la gracia de Dios transmitirá a su alrededor eso que muchos no saben definir, eso que los hace únicos, eso que ocasiona ganas de estar horas conversando con esas personas especiales. Eso es lo que Dios pretende que la gracia produzca en nosotros y ojalá que así pueda ser...

“Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia había sobre todos ellos”

Hechos 4:33

La gracia de Dios se manifestó en los apóstoles, en los santos de la iglesia pionera y debe hacerlo con toda plenitud en nosotros sus hijos. La gracia es la forma en que Dios usa a los creyentes para llevar sanidad a los enfermos, a liberar a los cautivos, a echar fuera los demonios de los atormentados. Es sólo por la gracia que eso es posible.

Cuando somos lo que jamás podríamos ser con nuestras fuerzas es porque se está manifestando la gracia. Ella se manifiesta cuando alcanzamos carisma y carácter,

cuando atraemos la bendición de Dios y además la impartimos a nuestro entorno.

La gracia es un poder mayor, único y magnífico que Dios desata para que podamos ser instrumentos en el reino, y no tengamos de qué gloriarnos, sino que toda obra sea para la gloria de Él.

Es el brillo que Dios deposita en nosotros, haciéndonos apacibles, seguros, determinados, valientes, entregados y también admirables; a pesar de que tal vez no tengamos un atractivo físico, mostraremos ese brillo único, que nos hace hermosos desde el interior y por supuesto no digo esto reconociendo nuestros atributos, sino los de Cristo, ya que Él es la gracia que opera en nosotros.

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”

Juan 15:5

Qué hermoso es el Señor, sin dudas está lleno de gracia y de verdad. ¿Dónde comienza el pámpano y donde termina la vid? Qué verdad tan profunda: Somos uno con Él, al igual que las ramas de una vid, recibimos la vida de Él y no al revés. Producimos frutos en Él, somos eternos en Él, somos justos en Él, somos santos en

Él, somos herederos en Él, somos reyes en Él, somos sacerdotes en Él, somos hijos en Él, somos unigénitos en Él, somos benditos en Él y sin Él, nada podemos hacer.

Como dijo alguna vez Charles Haddon Spurgeon: “Soy consciente de esta verdad en mi propio caso, busco sinceramente la ayuda del Espíritu de Dios, tanto en la predicación como en cualquier otro ejercicio espiritual que haga, pues, separado de Él nada puedo hacer. Es un hecho notable que todas las herejías que han brotado en el seno de la Iglesia cristiana, han tenido la tendencia a deshonar a Dios y a adular al hombre. Siempre han guardado la exaltación de la naturaleza humana como su refugio, si no es que como su meta abierta, y han buscado el abatimiento de la soberanía de la gracia divina. Estos falsos profetas quieren derramar lustre sobre la cabeza de la criatura rebelde y depravada, y robarle a Dios la gloria que es debida a su nombre.”

***“No a nosotros, oh Dios, no a nosotros,
Sino a tu nombre sea dada toda gloria,
Por tu misericordia y por tu verdad”***

Salmo 115:1 VMA



Capítulo cinco

Gracia extrema

*“Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin,
el primero y el último”*

Apocalipsis 22:13

La palabra extremo proviene del vocablo *“extremus”* que significa lo más afuera y su componente léxico es el prefijo *ex*, que indica la separación desde el interior. Extremo podemos decir que es una función que indica los valores más grandes o los más pequeños, la parte primera o última de algo, el principio o fin de ello.

Hoy en día se está manifestando con mayor intensidad un movimiento llamado “Extrema gracia” o “Hipergracia”. Enseñan, entre otras cosas, que podemos vivir de la manera que queremos, porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia, que el Nuevo Testamento terminó con la ley del Antiguo Testamento de manera definitiva, así que todo vale y que podemos vivir haciendo cualquier cosa, que todo está bien. Por

supuesto, no es así como considero la gracia preciosa de Dios.

Los líderes de este movimiento rara vez mencionan la necesidad del arrepentimiento o ni siquiera predicán de temas como el infierno o el juicio venidero. Con certeza la Biblia habla de la gracia absoluta, pero al parecer estas personas no leen, o convenientemente han olvidado Romanos 6:1 y 2 que dice: ***“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”***.

Al titular este capítulo como “gracia extrema”, no planifiqué el criticar o aprobar esta doctrina de la hipergracia, pero no puedo dejar de mencionar que no estoy de acuerdo con ese extremo y que no obedecía a tal cosa el título del capítulo.

Los practicantes de la hipergracia ignoran la revelación de la cruz por la cual entramos a este maravilloso pacto en el Hijo. No consideran que es muerte para vida y que morir implica no hacer lo que se nos da la gana, sino lo que Dios dice. La cruz no es un mensaje subliminal de Dios, es el portal por donde podemos ingresar a la vida de resurrección.

Los que malinterpretan la gracia no consideran que en la nueva vida espiritual que hemos recibido debemos

ser guiados por el Espíritu Santo, que Dios escribe su voluntad en nuestros corazones y que su voluntad siempre nos conducirá a la santidad, la integridad, la honestidad y la entrega. Que no hacer determinadas cosas cuando Dios lo indica nada tiene que ver con la religiosidad, sino con la obediencia espiritual. Pablo dijo:

“Uno es libre de hacer lo que quiera. Es cierto, pero no todo conviene. Sí, uno es libre de hacer lo que quiera, pero no todo es edificante”

1 Corintios 10:23 D.H.H.

Una persona que dice ser cristiano no debería ser alguien que peca descuidadamente y piensa que está bien hacerlo. Los hijos de Dios sentimos la convicción del Espíritu en todo lo que hacemos. No sólo no queremos pecar, sino que no practicamos el pecado bajo ningún punto de vista.

***“Hijos, nadie os engañe;
el que hace justicia es justo, como él es justo.
El que practica el pecado es del diablo;
porque el diablo peca desde el principio.
Para esto apareció el Hijo de Dios,
para deshacer las obras del diablo.
Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el
pecado, porque la simiente de Dios permanece en él;
y no puede pecar, porque es nacido de Dios.***

***En esto se manifiestan los hijos de Dios,
y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia,
y que no ama a su hermano, no es de Dios”***

1 Juan 3:7 al 10

La gracia no es licencia para pecar, es la soberana oportunidad de vivir en la santidad de Cristo. Claro que antes no teníamos la naturaleza para poder hacerlo, pero en Cristo no sólo hemos recibido su vida, sino que podemos vivir en Él. Por lo tanto, como ya lo expresé anteriormente, santidad no es algo que hacemos, sino algo que somos y la evidencia de ello es que no deseamos pecar. No que no podemos, el Señor no nos tiene atados, podríamos hacer cualquier cosa, sin embargo, con sinceridad y desde lo profundo de nuestro corazón, no deseamos hacerlo.

Esto no implica que nunca pecamos, hay ocasiones en las cuales podemos cometer algún error; sin embargo, nadie yerra intencionalmente. Es decir, en nuestra casa podemos tener un matafuego por si alguna vez sufrimos un incendio, pero tener un matafuego no implica incendiar la casa para poder usarlo. Nadie diría: ¡Vamos a prender fuego la casa, total tenemos un matafuego! Al contrario, siempre tenemos cuidado de que una catástrofe como esa no nos ocurra jamás. Así es el pecado, no deseamos cometerlo jamás; sin embargo, si alguna vez nos ocurre, tenemos la gracia. El apóstol Juan escribió:

“Hijos míos, os escribo estas cosas para que no cometáis pecado. Aunque si alguno comete pecado, tenemos ante el Padre un abogado, que es Jesucristo el Justo.

Jesucristo se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados; y no solo los nuestros sino los de todo el mundo.

Si obedecemos los mandamientos de Dios, podemos estar seguros de que hemos llegado a conocerle.

Pero quien dice: Yo le conozco y no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no hay verdad en él.

En cambio, en el que guarda su palabra se ha perfeccionado verdaderamente el amor de Dios; de ese modo sabemos que estamos unidos a él.

El que dice que está unido a Dios, debe vivir como vivió Jesucristo”

1 Juan 2:1 al 6

Ahora bien, volviendo a la gracia extrema a la cual quiero referirme. En el libro de Apocalipsis, en el capítulo veintidós, verso trece que les compartí, lo que dijo Jesucristo mismo, dejando en claro que Él es los extremos y por tal motivo quisiera que podamos analizar dichos extremos.

¿A qué se refirió Jesús cuando dijo Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último? Bueno, veamos el principio de las Escrituras:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”

Génesis 1:1

Si Cristo es el principio, podemos decir que los cielos y la tierra fueron creados en Él. Bien lo dijo Pablo en la carta a los colosenses:

***“Porque en él fueron creadas todas las cosas,
las que hay en los cielos y las que hay en la tierra,
visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios,
sean principados, sean potestades;
todo fue creado por medio de él y para él”***

Colosenses 1:16

Y por otra parte, podemos ver que toda la creación de Dios en su principio fue creada por pura gracia. Todo el universo alineado y funcionando de manera tan maravillosa, ha sido creado solo por gracia. A Dios, le plació glorificarse a través de su propia creación.

***“Los cielos cuentan la gloria de Dios,
Y el firmamento anuncia la obra de sus manos”***

Salmo 19:1

Por otra parte, si leemos atentamente el capítulo dos de Génesis, veremos que el Edén era una zona de abundancia, de bendición y de gobierno divino. Si Adán hubiese caminado en obediencia, su vida por delante seguramente hubiera sido gloriosa. Sin embargo, hemos aprendido que la gracia y verdad caminan juntas. Por tanto, cuando se apagó la verdad en Adán o el diablo insertó mentiras, la gracia simplemente se retrajo.

Todo lo que Adán tenía, la riqueza de la tierra, las promesas y su autoridad, todo fue por gracia; sin embargo, cuando pecó, terminó trabajando en el campo y comiendo con el sudor de su frente. La gracia brinda sus riquezas sin dolor, pero el esfuerzo humano produce cansancio y la frustración por sus magros resultados.

Entonces, en el principio (Cristo) todo era por gracia, pero acabada la gracia, llegó la ley. El hombre se empeñó en hacer todo a su manera y con sus propias fuerzas y Dios le dio la oportunidad. Por eso la ley confrontó tanto a los hombres. Porque vino para demostrar que sin Dios no podemos. Aunque la obstinación humana nos hace pensar que sí.

Decir que el hombre existe independientemente de Dios, o que puede vivir sin Dios, es como decir que un reloj puede existir sin un relojero que lo fabrique, o que un escrito pueda existir sin un escritor. Debemos nuestra

existencia a Dios, quién nos creó a su imagen. (**Génesis 1:27**). Y si nuestra existencia depende de Dios, qué quedará para la obtención de resultados en toda gestión existencial.

Dios es la vida (**Juan 14:6**), y toda la creación subsiste por el poder de Cristo (**Colosenses 1:17**). Aun aquellos que rechazan a Dios reciben su sustento de Él: *“... que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”* (Mateo 5:45).

Dios les advirtió a Adán y Eva que el día que ellos comieran del árbol que les prohibió comer, ciertamente morirían (**Génesis 2:17**). Como sabemos, ellos desobedecieron, pero no murieron físicamente ese día, lo hicieron años después; sin embargo, murieron espiritualmente. Algo dentro de ellos murió. La vida espiritual que habían conocido, la comunión con Dios, la libertad de gozar de su presencia, la inocencia y la pureza de sus almas, todo se acabó.

Adán, quien había sido creado para vivir en profundo compañerismo con Dios, fue maldito con una existencia completamente carnal. Lo que Dios había planeado que fuera del polvo a la gloria, ahora debía ir del polvo al polvo.

Al igual que Adán, en la actualidad el hombre sin Dios aún funciona en una existencia terrenal. Como tal, aún puede parecer feliz. Después de todo, hay goce y placer en esta vida. Pero incluso esos placeres y disfrutes no se pueden recibir completamente sin una comunión verdadera con Dios.

Desde Adán, el hombre puede lograr grandes resultados, en las más variadas formas. Éxito, fama, fortuna y muchos placeres, pero nada de eso es resultado de la gracia, sino de logros personales. Por lo cual, son logros vacíos.

Algunos pueden rechazar a Dios y sin embargo viven vidas de regocijo y diversión. Su búsqueda carnal parece haber producido una existencia despreocupada y gratificante. La Biblia dice que hay cierta medida de deleite que se obtiene del pecado (**Hebreos 11:26**). El problema es que éste es temporal y la vida en este mundo es corta (**Salmo 90:3 al 12**). Tarde o temprano, el hedonista, como en la parábola del hijo pródigo, encuentra que el placer mundano es insostenible (**Lucas 15:13 al 15**).

Muchos hombres y mujeres famosos, millonarios y exitosos han mostrado su frustración y vacío a través de las drogas, el alcohol, las depresiones e incluso el suicidio. Es dura cosa vivir fuera de la gracia del Señor.

Por otra parte, también debo mencionar que hay mucha gente no salva que viven vidas sobrias y disciplinadas, vidas relativamente buenas y felices, ya que si bien la gracia plena es reservada para los que estén en Cristo, sin dudas hay una medida de gracia en la creación. La tierra misma, siendo tan rica, generosa y bella, es una clara expresión de la gracia divina.

Además, la Biblia presenta ciertos principios morales, que benefician a todos en este mundo: fidelidad, honestidad, amor, integridad, autocontrol, etc. Pero, de nuevo, el problema es que, sin Dios, el hombre sólo tiene cosas. Pasar por esta vida tranquilamente no es garantía de que estemos listos para la eternidad o que disfrutemos de la plenitud interior.

En la narración de Jesús sobre el hombre rico y Lázaro (**Lucas 16:19 al 31**), el hombre rico vive una vida suntuosa de comodidades sin pensar en Dios, mientras que Lázaro sufre adversidades durante toda su vida, pero sin embargo, llega a conocer a Dios.

Es después de la muerte que ambos hombres comprenden la gravedad de las decisiones que tomaron en la vida. El rico se dio cuenta demasiado tarde de que hay más en la vida que la búsqueda de las riquezas. Mientras tanto, Lázaro fue confortado en el seno de Abraham. Para ambos hombres la corta duración de su

existencia terrenal palideció en comparación con el estado eterno de sus almas.

Resumiendo: todo en la creación comenzó por gracia, pero después del pecado vino el esfuerzo humano. Luego la ley hizo notar la incapacidad del hombre y al final la gracia será la eterna corona del Reino.

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros”. Amén.

Apocalipsis 22:21

No es casualidad que la Biblia comience diciendo que, en el principio, es decir, en Cristo, fueron creadas todas las cosas y que, al finalizar la Biblia, diga que la gracia, que sin dudas es Cristo, sea sobre todos nosotros.

Este es el legítimo motivo por el cual titulé este capítulo “Gracia extrema”. Porque en el extremo de la creación todo estaba en Cristo (la gracia) y al final todo terminará en Cristo y para Cristo (la gracia).

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”

1 Pedro 5:10 y 11



Capítulo seis

Gracia elevada

“Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar.

Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella.

Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente.

He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía.

Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo.

Génesis 28:10 al 17

Creo que es bien conocida para todos la historia en la cual Jacob, alentado por su madre, engaña a Isaac disfrazado de su hermano Esaú. Por supuesto, es un relato muy rico, pero no pretendo desmenuzar toda la historia, sino concentrarme en la huida de Jacob, ya que fue en el desierto y escapando, que vivió esta historia tan interesante.

El lugar al que llegó Jacob se encontraba, aproximadamente, a unos setenta kilómetros de su casa. Evidentemente tenía mucho temor e intentó alejarse de su hermano Esaú a toda prisa; era la primera noche que pasaba lejos de su hogar y seguramente sintió la soledad y la nostalgia en aquel páramo de colinas rocosas.

Era precisamente en esa zona donde Dios se le había aparecido a Abraham, después de que él llegara a la región de Palestina. En esta ocasión, Dios le estaba declarando a Jacob exactamente lo que le había dicho primero a Abraham, luego a Isaac, y en este incidente de la escalera se lo estaba reafirmando a él.

En la visión que Dios le permitió ver en su sueño pudo contemplar una escalera que llegaba hasta el cielo.

¿Qué significaba aquella escalera? Bueno, podemos decir en el contexto de esa historia, que la definición de la escalera de Jacob es aquella en la cual toda comunicación, así como toda bendición espiritual, es posible de Dios a los hombres y nunca al revés. Él es quien ha unido el cielo con la tierra por medio de su voluntad en Cristo, por medio de su obra perfecta (**Colosenses 1:19 y 20**).

El sueño de Jacob hace énfasis en la gracia de Dios manifestada en su provisión de una escalera y de una simiente que traería frutos a su gloria. La escalera de Jacob contiene, quizás, una de las revelaciones más importantes que podamos recibir. Nada más y nada menos que la dimensión del cielo, unida a la tierra.

En muchas obras de arte la escalera de Jacob simboliza la esperanza de los humanos de alcanzar la eternidad subiendo por ella. En otros contextos menos religiosos representa el ascenso, el progreso y el paso de la oscuridad a la luz, de lo material hacia lo espiritual y también de la ignorancia al conocimiento; pero hay una verdad mayor que se esconde detrás de ella y es nada menos que Jesucristo.

Para el judaísmo hay distintas interpretaciones de este hecho, como por ejemplo, que representa los diferentes exilios que sufrieron. Ellos creían que el lugar

donde Jacob tuvo el sueño de la escalera era muy especial y por eso levantaron el templo en donde se realizaban sacrificios y oraciones. Ellos pensaban que de esa manera iban reforzando los peldaños de la escalera que constituían el puente o pacto que unía al pueblo judío con Dios.

Para nosotros hoy, participantes de un pacto diferente y superior, la interpretación es más profunda y significativa y esto no lo digo en tono de vanagloria, sino por Jesucristo, que es la expresión misma de la gracia total. Que al pisar esta tierra dijo a sus oyentes:

“De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”

Juan 1:51

Para nosotros la escalera representa nada menos que a Cristo. Los ángeles que subían y bajaban sobre el Hijo del Hombre demuestran un camino vivo y nuevo. Un camino abierto del cielo a la tierra y que nadie jamás podrá cerrar. Digo del cielo a la tierra, porque Jesucristo fue Emanuel, que significa Dios con nosotros. Es decir, el Cristo encarnado trajo a Dios a los hombres y el Cristo ascendido llevó los hombres a Dios.

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero...”

Hebreos 10:19 al 22

No podemos tener acceso directo a la presencia de Dios si no es por medio de Cristo. En el mismo evangelio de Juan, en el capítulo catorce, verso seis, Jesús afirmó: ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”***. Ante la imposibilidad de subir por nuestros propios esfuerzos para llegar a la misma presencia de Dios, Jesucristo fue quien nos abrió la posibilidad a través de su misma persona.

Aunque sólo a manera de sombra, esta verdad fue revelada primero a Jacob, el usurpador y suplantador. Por eso Dios tuvo que tratar especialmente con él, porque le había dado una maravillosa promesa y tenía mucho que aprender. Claro, ese embustero representa a cada uno de nosotros, al viejo hombre, al alma viviente y también debemos ser tratados.

Dios siempre permite pruebas para disciplinarnos y acercarnos a Él, para quebrantar nuestro ser y que pueda quedar sólo lo real en nosotros, es decir Cristo. Esa es su

gracia: que habiendo sido pecadores, hoy podamos manifestar al Hijo.

Leamos un poco más de este pasaje de Génesis veintiocho: ***"Despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán imponente es este lugar! Esto no es más que la casa de Dios, y ésta es la puerta del cielo..."***

Aquel lugar sólo podía resultar terrible para una persona como Jacob, un pecador que estaba tratando de huir de Dios. Sin embargo, era el sitio ideal en el cual un pecador como él podía encontrarse con Dios cara a cara, ya que esa escalera era figura del mismo Cristo.

Lo de Jacob fue como lo de Pedro. Cuando el Señor desafió a Pedro para que arrojara una vez más sus redes al mar, éste se resistió; sin embargo, le hizo caso y viendo con gran asombro cómo sus redes se llenaron de peces, cayó de rodillas con temor y arrepentimiento diciendo: ***"Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador..."***

Esto es extraño, porque si alguien recibe un milagro financiero como el de Pedro, bien podría decir: ***"Señor no te apartes de mí que te haré mi socio..."*** Sin embargo, la actitud de Pedro evidencia la de todos

nosotros. La actitud de pecadores caídos en la convicción de una dura realidad, en medio de una manifestación gloriosa.

Cuando Jacob salió de su casa tenía un punto de vista limitado sobre Dios y un punto de vista equivocado sobre sí mismo. Pensó que alejándose de su hogar estaba también huyendo de su condición. Pero en ese lugar, y ante esa escalera, acabó descubriendo su ignorancia a la vez que decía: ***“El Señor está en este lugar y yo no lo sabía...”***

Finalmente examinemos el último párrafo de esta historia tan interesante:

“Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella.

Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el, aunque Luz era el nombre de la ciudad primero.

E hizo Jacob voto, diciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje en que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si volviere en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios.

Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti.

Génesis 28:18 al 22

El verdadero carácter de Jacob aflora en esta parte. Podemos ver como trató solapadamente de manipular a Dios por medio de un voto en el que parecía querer negociar con Él. Es como si le estuviera diciendo: “*Señor, si vos me concedes todo lo que te pido, entonces te serviré...*” Tendría realmente que llegar a la conclusión de que ni él ni nadie podía tratar con Dios de esa manera.

Después de todo, conociendo como conocemos el carácter y la trayectoria de este personaje, nos preguntamos: ¿qué méritos tenía Jacob para acercarse a Dios, para agradar a Dios, para merecer su aprobación, para negociar los alcances de sus promesas y bendiciones para su vida a cambio de votos y promesas personales? De la misma manera ¿qué podemos ofrecer nosotros a Dios? ¿qué estamos en condiciones de prometer, y qué estamos en condiciones de cumplir?

Sin embargo, tampoco me extraña eso, porque es lo que mucha gente hace y es lo que en mi ignorancia una vez procuré. Recuerdo que era un ministro recién consagrado y como había asumido la obligación de servirlo, le dije: “*Señor, ya que te voy a servir, lo haré con todo el corazón y no quiero resistir a tu Santo Espíritu, por lo tanto, todo lo que me digas que tenga que hacer, simplemente lo haré, pero no quiero tener problemas...*” ¡Qué ignorante! ¡Qué inmaduro fui..! Un

verdadero desconocedor de cómo opera el Señor con nosotros. Por supuesto que Él no escuchó mi propuesta y me ha procesado tan sabiamente durante estos años, que al final no me queda más que agradecerle por cada adversidad.

La gracia y la misericordia de Dios son exactamente lo que significan, y no pueden ser obtenidas a cambio de méritos personales. Cuando, después de varias experiencias, Dios trajo a Jacob nuevamente a Bet-el, él ya era un hombre más sabio, pues venía en obediencia para adorar a Dios, quien había tenido misericordia de él.

Esta actitud que Jacob habría de corregir es la que muchas veces manifestamos nosotros al encarar nuestra comunión con Dios. Pensamos que nuestro comportamiento, nuestro esfuerzo y sacrificios pueden otorgarnos beneficios, y de esta forma sólo mostramos ignorancia.

Jacob era una persona que hacía todo con sus propias fuerzas, era un hombre muy trabajador, pero así como trató de negociar con Dios, lo hizo con su suegro Labán y así le fue. Primero le prometió a Raquel, por la cual Jacob trabajó siete años, y la noche de bodas, le dio a su hija mayor llamada Lea. Más tarde y durante años, le cambió el salario y las condiciones laborales. Sin dudas,

Jacob era perseverante y muy esforzado, pero todo lo hacía con su capacidad y no sabía depender de Dios, ni lo que la bendición significaba.

Después de muchos años de trabajo y dolor, Jacob terminó peleando con el ángel de Jehová y aunque recibió su bendición, terminó rengo de por vida.

Es por eso que puedo concluir afirmando que nuestra única esperanza es Jesucristo. A través de todas las historias de la Biblia podemos ver, que siempre ha sido Dios el que ha tomado la iniciativa con los hombres. Bien lo dijo Pablo:

***“No hay quien entienda,
No hay quien busque a Dios”***
Romanos 3:11

Muchas veces escuché a personas decir: *“Yo estaba buscando a Dios...”* Eso es una manera equivocada de comprender lo que le puede estar ocurriendo. La realidad es absolutamente diferente. Dios abre los cielos, Dios pone la escalera y Dios nos llama a entrar con confianza a su trono de gracia para hallar oportuno socorro, para nuestras necesidades y jamás ocurrió ni ocurrirá al revés (**Hebreos 4:16**).

Sólo podemos decir que nos queda aceptar Su amor y Su gracia. Esa gracia que Él ofrece gratuita y libremente, a través de Jesucristo.

Las palabras de la primera carta del apóstol Juan, el llamado discípulo amado, uno de los tantos que aceptó el amor y la gracia de Dios, nos recuerdan una vez más la experiencia de millones de cristianos diciendo:

***“Nosotros le amamos a Dios,
porque Él nos amó primero”***

1 Juan 4:19

Así es la gracia de Dios, siempre será elevada. Demasiado elevada para pensar que el hombre puede de algún modo provocarla. La gracia es gracia porque viene soberanamente de Dios y no porque podamos alcanzarla haciendo algo.

Jacob representa al hombre incapaz, al pecador y embustero, que recibió la gracia en medio de la nada, no sólo para recibir promesas, sino para comenzar un proceso de transformación que daría lugar a Israel, un príncipe verdadero.

Jacob representa también mi vida y la vida de todos aquellos que reconozcan la triste condición de

pecadores y la gracia de ser santos, herederos, reyes y sacerdotes para Dios Padre.

Puedo asegurar que yo estaba escapando, en medio del desierto y sin encontrar una salida. Sin embargo, se me abrieron los cielos, vi una puerta, vi una escalera, vi la verdad, vi la vida, vi a Cristo y ya nada fue igual para mí. Desde entonces he vivido muchos procesos, no he quedado rengo, pero tan sólo porque determiné rendirme, apoyarme en Él y depender, siempre depender, porque así es la gracia, te otorga todo, siempre y cuando podamos reconocer que nada podemos.

“Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”
2 Corintios 12:9 y 10



Capítulo siete

Gracia ilimitada

*“Porque de su plenitud tomamos todos,
y gracia sobre gracia”*

Juan 1:16

La gracia de Dios es tan maravillosa y de tal magnitud, que resulta algo difícil de comprender y aún más difícil de vivir según los parámetros humanos.

Hay ocasiones en las que actuamos como si Dios no nos hubiese extendido su gracia, como si tuviésemos que hacer algo para apropiarnos de ella. Sin embargo, la verdad no es otra que el Señor ciertamente la ha puesto en nuestras manos.

La gracia es tan real como el aire que respiramos; esto es bárbaro, porque si no respiramos nos morimos y sin embargo no trabajamos por ello, simplemente respiramos de manera natural. Tampoco estamos dando

gracias todos los días por el oxígeno, sin embargo, sin él no sobreviviríamos más que un par de minutos.

La gracia, al igual que el oxígeno, está en todo momento. Nosotros no buscamos respirar sólo cuando estamos impedidos, lo hacemos de continuo. Tal vez si estamos atrapados en un lugar sin poder respirar, lucharemos todo lo posible y con desesperación para conseguir aire, y creo que ocurre lo mismo cuando la evidencia de un pecado nos golpea de lleno. Sin embargo, la gracia es necesaria en cada momento, en cada inhalación y en cada exhalación.

Algunos piensan que necesitan gracia sólo si hacen algo mal. En realidad, necesitamos gracia en cada segundo y en toda ocasión. Es decir, no necesitamos a Cristo porque tenemos un problema, sino porque somos el problema.

La gracia es ilimitada porque la maldad del hombre no tiene límites. Si la gracia tuviera un límite no podríamos ser salvados.

El Espíritu Santo convence el mundo de pecado sin cesar, en cada momento de la vida. Él nos habla con susurros tan claros que el ruido producido por el mismo diablo no puede apagar su voz. Sin embargo, un corazón endurecido tiene más poder que las tinieblas para desoír

la voz del Espíritu y lamentablemente muchos la desconocen.

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”

Juan 16:8

Como sucede con el buen pastor, dedicado a la incesante búsqueda de su oveja perdida, la gracia nos busca minuto a minuto, noche y día de nuestras vidas. Su bondad procura guiarnos al arrepentimiento.

“Dios es muy bueno, y tiene mucha paciencia, y soporta todo lo malo que ustedes hacen. Pero no vayan a pensar que lo que hacen no tiene importancia. Dios los trata con bondad, para que se arrepientan de su maldad”

Romanos 2:4 VLS

Una de las trampas más comunes que procura tendernos el enemigo es hacernos dudar del perdón recibido, a pesar de las promesas de la Palabra de Dios. Si verdaderamente hemos recibido a Jesús como Salvador por la fe, y todavía tenemos una sensación incómoda preguntando si hay o no un perdón para nuestros pecados, esto puede provenir de influencias demoníacas.

Los espíritus inmundos tratarán de influenciar nuestra mente para recordarnos constantemente nuestras

transgresiones pasadas, incluso tratando de hacernos sentir culpables por ellas. Debemos creerle a Dios y simplemente descansar en sus promesas, confiados en su amor.

***“Cuanto está lejos el oriente del occidente,
hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”***

Salmo 103:12

Este versículo del Salmo nos dice que Dios no sólo perdona nuestros pecados, sino que también los quita completamente de su presencia. Cuando Juan el Bautista estaba bautizando en el Jordán, vio venir a Cristo y rápidamente lo identifico diciendo: ***“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”*** (Juan 1:29). Veamos que no dijo que era el cordero que venía sólo a perdonar los pecados, sino que vino a quitarlos.

Cuando Jesús caminó entre la gente, en más de una ocasión dijo a los pecadores: ***“Tus pecados son perdonados, vete y no peques más...”*** Sin embargo, eso fue así sólo hasta que se entregó en la cruz del Calvario. Entonces, murió cargando sobre él todos los pecados para darnos una vida nueva.

Su muerte en la cruz no fue para perdonarnos, sino para pagar nuestra deuda. La Palabra dice que la paga del pecado es muerte (**Romanos 6:23**) y Él estuvo dispuesto

a pagar el precio en nuestro lugar. El murió en nuestro lugar para que nosotros podamos vivir en el suyo.

Cristo renunció a todo lo bueno que tenía para tomar todo lo malo que nos correspondía a nosotros. Así también nos pide que renunciemos a todo lo malo que somos y tenemos para recibir todo lo bueno que le pertenece a Él. Eso es gracia ilimitada.

Algunos dudan si Dios les ha perdonado algunas cosas del ayer, pero eso es antibíblico, no existe el ayer, ahora tenemos una vida nueva.

***“De modo que, si alguno está en Cristo,
nueva criatura es; las cosas viejas pasaron;
he aquí todas son hechas nuevas”***

2 Corintios 5:17

Esta Palabra no dice que Dios nos dará nuevas oportunidades, sino una vida nueva. No está proponiéndonos creer en Cristo, sino vivir en Él. Por eso dice que, si alguno está en Cristo, pues entonces es una nueva criatura y esa criatura es sin pecado.

Esta gracia ilimitada en Cristo no significa libertad para pecar, sino ser verdaderamente libres. La libertad no es poder hacer lo que queremos, sino poder hacer las cosas correctas. Un drogadicto podría decir que es libre

para tomar todo lo que quiera, sin embargo, todos sabemos que sólo es cautivo de su supuesta libertad.

Ser libre es poder hacer algo y aun así no desear hacerlo. Los religiosos difieren de la gente del Espíritu en que muchos de ellos desean pecar, pero sienten que Dios no los deja. Esto condiciona su felicidad, hablan de gozo, pero en realidad no lo sienten. Sin embargo, la gente del Espíritu no es que tengamos prohibido algunas cosas simplemente no tenemos el deseo de hacerlas, por eso también disfrutamos del gozo espiritual.

Una tentación no es evidencia de no tener el Espíritu, cualquiera puede ser tentado; la Biblia dice que Jesús también lo fue (**Hebreos 4:15**). Sin embargo, así como Él pudo no pecar, nosotros todo lo podemos en Él (**Filipenses 4:13**).

Los verdaderos hijos de Dios, que hemos recibido la gracia, no sólo fuimos limpiados, también somos capacitados para vivir en la nueva naturaleza de santidad y no practicamos el pecado como un deporte. Ya no es nada normal el pecar de manera habitual y continuamente. Ese ya no es nuestro estilo de vida.

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él;

y no puede pecar, porque es nacido de Dios”

1 Juan 3:9

Por esta razón Pablo amonestó a los hermanos de Corinto diciendo: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?”* (2 Corintios 13:5).

Como cristianos, tropezamos, pero no vivimos una vida de pecado continuo, sin arrepentimiento. Todos nosotros tenemos debilidades y podemos pecar en pensamientos, en palabras o en hechos. Aun cuando no queremos hacerlo. Incluso el apóstol Pablo manifestó claramente sus debilidades, cuando dijo que en ocasiones hizo cosas que no quería hacer por causa del pecado que moraba en su cuerpo (**Romanos 7:15**).

Lo normal de un hijo de Dios es odiar el pecado, arrepentirse si lo comete y pedir la gracia divina para superarlo cada vez (**Romanos 7:24 y 25**). Y aunque no necesitamos pecar debido a la suficiente gracia de Dios que opera en nuestras vidas, a veces lo hacemos, porque confiamos en nuestra fuerza y con ella no podemos evitar el pecado.

El evangelio del reino no fue concedido para ser vivido con nuestras propias fuerzas, sino en el poder de Cristo y esa gracia no tiene límites. Cuando nuestra fe se debilita y pecamos en algo, aun así tenemos oportunidad de arrepentirnos y ser perdonados de nuestros pecados.

“Si decimos que somos amigos de Dios y, al mismo tiempo, vivimos pecando, entonces resultamos ser unos mentirosos que no obedecen a Dios.

Pero si vivimos en la luz, así como Dios vive en la luz, nos mantendremos unidos como hermanos y Dios perdonará nuestros pecados por medio de la sangre de su Hijo Jesús.

Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no decimos la verdad.

Pero si reconocemos ante Dios que hemos pecado, podemos estar seguros de que él, que es justo, nos perdonará y nos limpiará de toda maldad.”

1 Juan 1:6 al 9

La gracia es un regalo de Dios (**Efesios 2:8**). Cuando pecamos, el Espíritu que permanece trabajando en nosotros nos guiará al arrepentimiento, aunque deba hacerlo por medio de la tristeza (**2 Corintios 7:10 y 11**). Él no condenará nuestras almas como si no hubiere esperanza, porque ya no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús (**Romanos 8:1**). La

convicción y el poder del Espíritu dentro de nosotros es un movimiento de amor y gracia.

Sin embargo, esta gracia ilimitada y maravillosa en Cristo, por nuestra carne mortal, está limitada para nosotros a un tiempo determinado. Esto no es contradictorio. Mientras que Dios es eternamente bondadoso y piadoso, nosotros vamos muriendo físicamente. Esto quiere decir que tenemos fecha de vencimiento en esta tierra y no podemos dejar pasar la gracia, como lo hizo Félix, que ante la predicación del apóstol Pablo expresó: ***“Ahora vete, luego cuando tenga oportunidad te llamaré...”*** (Hechos 24:25)

El mañana no nos pertenece, esta gracia es sobre nuestra vida hoy. Lo digo para que nunca dejemos de tener en cuenta estar en plena comunión con Dios y si alguien está leyendo este libro y no ha reconocido a Dios como Señor, no deje para mañana lo que debe declarar hoy. Tener este libro en sus manos, no es una casualidad, sino una causalidad que Dios ha preparado.

***Isaías dijo: “Ahora es el momento oportuno:
¡busquen a Dios!; ¡llámenlo ahora que está cerca!”***

Isaías 55:6 VLS.

Aunque la gracia de Dios sea ilimitada y gloriosa, las puertas de esa gracia para salvación de todos aquellos

que hoy escuchan el evangelio no estarán abiertas ilimitadamente.

La venida de Cristo en la búsqueda de los suyos (**Juan 14:3**) o la muerte que puede visitarnos en cualquier momento cerrarán la puerta de la gracia; y los que hoy la ignoran se perderán.

La gracia es ilimitada porque Dios no rechaza a nadie y no hay nada que no pueda perdonar, pero ***“Si hoy escuchan la voz de Dios, no sean tan tercos.”*** (Hebreos 4:7 VLS)

El apóstol Pablo citó las Escrituras y luego exhortó a todos no dejar para mañana la gracia de Dios:

“Cuando llegó el momento de mostrarles mi bondad, fui bondadoso con ustedes; cuando necesitaron salvación, yo les di libertad.”

¡Escuchen!

Ese momento oportuno ha llegado.

¡Hoy es el día en que Dios puede salvarlos!

2 Corintios 6:2 VLS



Capítulo ocho

Gracia recibida

“Por tanto, ahora dirás a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo Israel; y he estado contigo en todo cuanto has andado, y he cortado a todos tus enemigos de delante de ti, y te haré gran nombre, como el nombre de los grandes en la tierra”

1 Crónicas 17:7 y 8

El rey David fue un simple pastor de ovejas, despreciado por su familia y por su entorno; fue alguien que le cantaba a Dios en el secreto, pero que no reunía las condiciones de un ser demasiado especial; sin embargo, hoy en día, al leer su historia, podemos fascinarnos con su arrojo, su valor, sus conquistas y su vida de íntima comunión con Dios. Puedo asegurarle sin temor a equivocarme que el único motivo de nuestro asombro por su maravillosa vida de fe es “la gracia” que Dios derramó sobre él en un tiempo de ley.

Se cree que David tenía entre 12 y 15 años de edad cuando fue ungido como el futuro rey de Israel. Él era el más joven de los hijos de Isaí y, humanamente hablando, era una elección poco probable para ser rey. Samuel pensó que Eliab, el hermano mayor de David, era sin duda el que Dios elegiría para ungir. Sin embargo, Dios le dijo a Samuel lo siguiente:

“No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque el Señor no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón”

1 Samuel 16:7

Siete de los hijos de Isaí pasaron delante de Samuel, pero Dios no había escogido a ninguno de ellos. Samuel le preguntó a Isaí si tenía más hijos. David, el más joven, estaba cuidando ovejas. Así que llamaron al muchacho y Samuel ungió a David con un cuerno de aceite y dice la Palabra que:

“Desde aquel día en adelante el Espíritu del Señor vino sobre David”

1 Samuel 16:13

Él no tenía como meta personal ser un rey, no estaba estudiando para eso ni había soñado jamás el

alcanzar un honor semejante. Los reyes reciben su corona por herencia y él sólo era un pequeño pastor de ovejas. Su padre no era un hombre pobre, pero tampoco venía de la nobleza, por lo que era improbable que un joven como David pudiera ocupar el trono alguna vez.

Sin embargo, sin mediar motivo aparente, Dios se fijó en él. Lo encontró en el medio del campo, pastoreando sus ovejas y adorando con una pequeña arpa y lo ungió como futuro monarca. El Salmo ochenta y nueve describe muy bien esa gracia:

*“Hallé a David mi siervo;
Lo ungué con mi santa unción.
Mi mano estará siempre con él,
Mi brazo también lo fortalecerá.
No lo sorprenderá el enemigo,
Ni hijo de iniquidad lo quebrantará;
Sino que quebrantaré delante de él a sus enemigos,
Y heriré a los que le aborrecen.
Mi verdad y mi misericordia estarán con él,
Y en mi nombre será exaltado su poder”*

Salmo 89:20 al 24

La Biblia también dice que, en esa misma época, el Espíritu del Señor se apartó del rey Saúl y un espíritu malo lo atormentaba (**1 Samuel 16:14**). Los criados de Saúl sugirieron que buscaran a alguien que supiera tocar

el arpa, y uno de los criados recomendó a David, diciendo:

“He aquí yo he visto a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tocar, y es valiente y vigoroso y hombre de guerra, prudente en sus palabras, y hermoso, y el Señor está con él”

1 Samuel 16:18

Así fue como entró al servicio del rey (**1 Samuel 16:21**). David simplemente tocaba el arpa adorando a Dios y los demonios que atormentaban a Saúl lo dejaban descansar. El rey estaba complacido con David, y pronto lo convirtió en su paje de armas.

La satisfacción de Saúl con David desapareció rápidamente cuando David creció en fuerza y fama. Quizás uno de los relatos bíblicos más conocidos fue cuando David mató al gigante Goliat. Los filisteos estaban en guerra con los israelitas y se burlaron de sus fuerzas militares con su paladín.

Ellos propusieron un duelo entre Goliat y alguien que quisiera luchar contra él. Pero nadie en Israel se ofreció para luchar contra el gigante, excepto David que se acercó al rey Saúl y le dijo:

“No desmaye el corazón de ninguno a causa de él;

tu siervo irá y peleará contra este filisteo”

1 Samuel 17:32

Saúl miró a David con cierta incredulidad, pero David había matado leones y osos que perseguían a sus ovejas, y le afirmó que el filisteo iba a morir como ellos, porque había cometido el pecado de burlarse del ejército de Dios.

“provocado al ejército del Dios viviente. El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me libraré de la mano de este filisteo”

1 Samuel 17:36 y 37

David tomó su cayado, cinco piedras lisas, su saco pastoril, y una honda. Por supuesto, que Goliat no fue intimidado por David, pero David tampoco fue intimidado por el gigante. Entonces dijo David al filisteo:

“Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. El Señor te entregará hoy en mi mano”

1 Samuel 17:45 y 4

La confianza de David en Dios y su celo por la gloria de Señor fueron notorios. Todos los soldados quedaron atónitos y sin dudas admiraron a ese intrépido

jovencito. David mató a Goliat con su honda y le cortó la cabeza con su propia espada. También entró al servicio de Saúl a tiempo completo, ya no cuidando las ovejas de su padre, sino siendo parte del ejército del rey.

David continuó creciendo en fama y los cánticos de los soldados que lo halagaban en el campamento comenzaron a provocar el honor del rey Saúl. Su corazón se enalteció y lo invadió un celo rabioso, que fue creciendo hasta manifestar públicamente varios ataques violentos. (**1 Samuel 18:7 y 8**).

Saúl provocó a David de varias maneras, pero éste se mantenía en humildad. Los hijos del rey --Jonatan, que era su amigo, y Mical, que llegó a ser su esposa-- advirtieron a David de las intenciones que su padre tenía de asesinarlo, y David pasó los siguientes años de su vida huyendo del rey.

David escribió varios cánticos durante este tiempo, incluyendo los salmos 57, 59 y 142. Sin dudas, estos escritos dejan ver su angustia y su dolor, pero también dejan bien en claro su confianza en el Señor.

Aunque Saúl nunca dejó de perseguirlo con la intención de matarlo, David nunca levantó la mano contra su rey, por considerarlo el ungido de Dios (**1 Samuel 19:1 y 2; 24:5 al 7**). Cuando Saúl finalmente murió,

David lloró sin hipocresía (**2 Samuel 1**). Incluso sabiendo que él sería nuevo monarca, no forzó su camino al trono. Respetó la soberanía de Dios y honró las autoridades que Dios había establecido, confiando en que Dios cumpliría su voluntad a su tiempo.

David levantó un ejército poderoso, y con el poder sobrenatural de Dios derrotó a todos los que se cruzaban en su camino. Pero siempre enfrentó sus batallas bajo una peculiar condición: pidiendo permiso y dirección a Dios en todo lo que hacía, incluso cuando llegó a ser rey. (**1 Samuel 23:2 al 6; 2 Samuel 5:22 y 23**). Por tal motivo, Dios honró y recompensó su obediencia.

***“Y Jehová dio la victoria a David
por dondequiera que fue”.***

2 Samuel 8:6

Después de la muerte de Saúl, David fue públicamente ungido como rey sobre la casa de Judá (**2 Samuel 2:4**), y ocho años después, ungido sobre todo Israel, teniendo ya 32 años de edad (**2 Samuel 5:3 y 4**). También conquistó Jerusalén, tomándola de los Jebuseos, y llegó a ser más y más poderoso (**2 Samuel 5:7**).

El arca del pacto había sido previamente capturada por los filisteos (**1 Samuel 4**). Pero David se propuso llevar el arca de vuelta a Jerusalén. Sin embargo, omitió

algunas de las instrucciones sobre cómo transportar el arca y esto resultó en la muerte de Uza, quien, en medio de todas las celebraciones, extendió su mano para sostener el arca (**2 Samuel 6:1 al 7**). Por temor al Señor, David abandonó el traslado del arca y dejó que permaneciera en casa de Obed-edom (**2 Samuel 6:11**).

Tres meses más tarde, David reanudó el plan para traer el arca a Jerusalén. Esta vez, guardó con cuidado las instrucciones, pero no perdió el júbilo y el deseo de alabar al Señor.

“Y David danzaba con toda su fuerza delante de Jehová; y estaba David vestido con un efod de lino. Así David y toda la casa de Israel conducían el arca de Jehová con júbilo y sonido de trompeta”.

2 Samuel 6:14 y 15

Cuando su esposa Mical vio a David adorando de esa manera, dice la Palabra que ***“le menospreció en su corazón”*** (2 Samuel 6:16). Preocupada por el qué dirá de la gente, le preguntó a David cómo pudo, siendo el rey, actuar sin decoro, bailando frente a todo el pueblo. Entonces David respondió a Mical:

“Fue delante de Jehová, quien me eligió en preferencia a tu padre y a toda tu casa, para constituirme por príncipe sobre el pueblo de Jehová, sobre Israel.

Por tanto, danzaré delante de Jehová.

Y aun me haré más vil que esta vez, y seré bajo a tus ojos; pero seré honrado delante de las criadas de quienes has hablado”.

2 Samuel 6:21 y 22

David entendió y demostró que la verdadera adoración expresada desde un corazón sincero es destinada únicamente a Dios, sin importar lo que puedan pensar otras personas y sin considerar una posición de autoridad como la que él tenía.

A diferencia del tabernáculo de Moisés, el que David estableció era mucho más sencillo. No contaba con tres lugares sino con uno hecho de cortinas, era un tabernáculo abierto, porque su intención era el acercamiento del pueblo a la presencia de Dios. Los sacrificios que realizaban eran de júbilo con panderos y danzas, cánticos de alabanzas.

“Y puso delante del arca de Jehová ministros de los levitas, para que recordasen y confesasen y loasen a Jehová Dios de Israel”

1 Crónicas 16:4

David instituyó una nueva orden de adoración para el tabernáculo. Ordenó la presencia de cantores y músicos para adorar y alabar al Señor, juntando a todos los principales de Israel y a los sacerdotes y levitas. Dice la Palabra que fueron contados uno por uno, treinta y ocho mil y cuatro mil de ellos fueron contados para adorar al Señor en turnos, durante las veinticuatro horas del día.

David estableció la adoración permanente, y dejó allí, delante del arca del pacto de Jehová, a Asaf y a sus hermanos, para que ministrasen de continuo delante del arca, cada día (**1 Crónicas 16:37**). Asimismo, dice la Palabra que el sacerdote Sadoc y sus hermanos estaban en Gabaón, para sacrificar continuamente, de mañana y de tarde, holocaustos permanentes al Señor (**1 Crónicas 16:39 y 40**).

David puso como jefe de los levitas y director de adoración a Quenanías, que era entendido en ello (**1 Crónicas 15:22**) Además de los cuatro mil adoradores, doscientos ochenta y ocho eran músicos instruidos (**1 Crónicas 15:28**). De esta manera llevaba todo Israel el arca del pacto de Jehová, con júbilo y sonido de bocinas y trompetas y címbalos, y al son de salterios y arpas.

Todo esto lo enumero porque si estudiamos los detalles del tabernáculo de Moisés y la rigidez con la que

el Señor había instruido a todos los que se acercaban a su presencia, podemos notar a simple vista una extraordinaria gracia de aceptación y agrado respecto de los diseños de David.

Recordemos que el Señor había prohibido a cualquiera acercarse a Él sin guardar los requisitos de manera rigurosa, y en una ocasión, cuando los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, se acercaron con fuego extraño, simplemente murieron por ello (**Levítico 10:1 y 2**). Es decir, el Señor extendió su gracia sobre el tabernáculo de David, de tal manera que una vez caído, incluso habló de restaurarlo.

*“En aquel día levantaré el tabernáculo caído de David,
repararé sus brechas, levantaré sus ruinas,
y lo reedificaré como en tiempo pasado”*

Amós 9:11

Después que David se estableció en su palacio y tuvo paz con sus enemigos, quiso construir un templo para el Señor (**2 Samuel 7:1 y 2**). Dios le dijo que sería su hijo Salomón el que lo construiría, pero además Dios hizo lo inesperado: le prometió construir una casa para David. Esta promesa hablaba de la venida del Mesías, el hijo de David que reinaría para siempre (**2 Samuel 7:4 al 17**). Una vez más, la gracia de Dios superando al corazón de David que, quebrantado, respondió con humildad y reverencia:

“Jehová Dios, ¿quién soy yo, y cuál es mi casa, para que me hayas traído hasta este lugar? Y aun esto, oh Dios, te ha parecido poco, pues que has hablado de la casa de tu siervo para tiempo más lejano, y me has mirado como a un hombre excelente, oh Jehová Dios. ¿Qué más puede añadir David pidiendo de ti para glorificar a tu siervo? Mas tú conoces a tu siervo. Oh Jehová, por amor de tu siervo y según tu corazón, has hecho toda esta grandeza, para hacer notorias todas tus grandezas. Jehová, no hay semejante a ti, ni hay Dios sino tú, según todas las cosas que hemos oído con nuestros oídos.

1 Crónicas 17:16 al 20

Aunque David era un varón conforme al corazón de Dios y aunque podamos ver en su historia tanta riqueza espiritual, también fue un hombre pecador como cualquiera de nosotros y un simple necesitado de la gracia divina.

En su ejemplo más recordado, mientras que sus ejércitos estaban en guerra durante una primavera, David se quedó en su palacio y desde la azotea vio a una hermosa mujer bañándose. Él supo que era Betsabé, esposa de Urías el heteo, uno de sus valientes hombres que estaba en la guerra.

David se acostó con Betsabé y ella quedó embarazada. David llamó a Urías del campo de batalla con la esperanza de que él durmiera con su esposa y creyera que el niño fuera suyo, pero Urías se negó a ir a su casa mientras sus compañeros estaban en guerra. Entonces David hizo todo para que Urías muriera en la batalla. Posteriormente, David se casó con Betsabé (**2 Samuel 11**).

Esta actitud tan vil, injusta y perversa, desenmascara la verdad de los hombres. Esta historia no muestra sólo la condición de David, sino la de todo ser humano. No importa cuán piadosos, consagrados y adoradores podamos ser, siempre necesitaremos de la gracia del Señor.

El profeta Natán confrontó a David por su pecado con Betsabé y David no levantó fortalezas cuando comprendió su maldad. Por el contrario, respondió con genuino arrepentimiento, humillándose y rogando al Señor por la vida de su hijo, a pesar de que el profeta Natán le dijo que su hijo iba a morir como resultado de su pecado.

La relación de David con Dios era tal, que estaba dispuesto a persistir en la fe y en la esperanza de que Dios pudiera ceder ante lo anunciado; sin embargo,

cuando Dios promulgó su sentencia, David la aceptó con resignación y humildad (**2 Samuel 12**). Y eso se ve claramente, no sólo por su actitud, sino por las expresiones escritas en sus canciones, como por ejemplo el Salmo 51:

*“Ten piedad de mí, oh Dios,
conforme a tu misericordia;
Conforme a la multitud de tus piedades
borra mis rebeliones.
Lávame más y más de mi maldad,
Y límpiame de mi pecado.
Porque yo reconozco mis rebeliones,
Y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado,
Y he hecho lo malo delante de tus ojos;
Para que seas reconocido justo en tu palabra,
Y tenido por puro en tu juicio.
He aquí, en maldad he sido formado,
Y en pecado me concibió mi madre.
He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo,
Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.
Purifícame con hisopo, y seré limpio;
Lávame, y seré más blanco que la nieve.
Hazme oír gozo y alegría,
Y se recrearán los huesos que has abatido.
Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.*

***Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.***

***No me eches de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu”.***

Salmo 51:1 al 11

En esta historia, cargada de pecado, de arrepentimiento y de dolor, vemos claramente algunos aspectos de la gracia. Es verdad que David pecó y que hubo inevitables consecuencias, de hecho su familia tuvo muchos problemas a partir de ese momento. Pero que David pudiera reconocer la verdad de su pecado ante el Señor permitió que muchos años más tarde nada menos que Jesús naciera a través de la descendencia de David con Betsabé.

La gracia, nunca anula la justicia de Dios, por eso también le había dicho a David por medio de Natán que la espada no se apartaría de su casa. Esto lo vemos entre los hijos de David, cuando su primogénito Amnón violó a Tamar, cuando Absalón lo asesinó para vengarse y años más tarde conspiró contra su reino.

Cuando eso ocurrió, David no se defendió ni enfrentó a su hijo, sino que se retiró al desierto con la cabeza tapada y los pies descalzos y aun ahí, en ese momento de profundo dolor, escribió el Salmo 63:

***“Dios, Dios mío eres tú;
De madrugada te buscaré;
Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,
En tierra seca y árida donde no hay aguas,
Para ver tu poder y tu gloria,
Así como te he mirado en el santuario.
Porque mejor es tu misericordia que la vida;
Mis labios te alabarán.
Así te bendeciré en mi vida;
En tu nombre alzaré mis manos.
Como de meollo y de grosura será saciada mi alma,
Y con labios de júbilo te alabará mi boca,
Cuando me acuerde de ti en mi lecho,
Cuando medite en ti en las vigias de la noche.
Porque has sido mi socorro,
Y así en la sombra de tus alas me regocijaré.
Está mi alma apegada a ti;
Tu diestra me ha sostenido”.***

Salmo 63:1 al 8

David es el autor de muchos de los salmos. En ellos vemos la manera que él buscó y glorificó a Dios. La Biblia lo llama ***“El dulce cantor de Israel”*** (2 Samuel 23:1). Incluso cuando David estaba deprimido o desanimado por las circunstancias, le vemos alzar sus ojos a Su creador y darle alabanza. Esta confianza en Dios y la continua búsqueda de la relación con Él son

parte de lo que hace que David sea un hombre conforme al corazón de Dios (**Hechos 13:22**).

Por último, Dios prometió a David un descendiente que reinaría en su trono para siempre. Ese rey eterno fue Jesús, el Mesías, el también llamado Hijo de David (**Mateo 21:9**) Si esto no es gracia, entonces ¿qué es?

David muchas veces entró en crisis a pesar de la unción que operaba en su vida. Eso también nos puede ocurrir a cualquiera de nosotros por situaciones menores, pero sin dudas David, a través de sus canciones, nos enseñó a conservar la certeza de que el propósito de Dios a través de las profecías impartidas siempre será cumplido. Por eso en cada uno de sus salmos, incluso en los que emitía su queja, siempre había palabras de alabanza y gloria para el Señor.

***“Mas yo en tu misericordia he confiado;
Mi corazón se alegrará en tu salvación.
Cantaré a Jehová,
Porque me ha hecho bien”.***
Salmo 13:5 y 6

A través de las vivencias y el sentir de David, debemos reflexionar en el hecho de que no necesitamos ser perfectos o hacer todo bien para ser personas de corazón agradable a Dios. Seguramente nos vamos a equivocar muchas veces en la gestión de la vida, pero si

apelamos a Su gracia divina, encontraremos el refugio y la fortaleza para seguir adelante y consumir su propósito en Cristo.

La gracia nunca será una licencia para pecar, pero siempre será la fuerza sublime del corazón del Padre, para poder avanzar.

***“Porque sol y escudo es el Señor Dios;
gracia y gloria dará el Señor.
No privará del bien
a los que andan en integridad”***
Salmo 84:11



Capítulo nueve

Gracia humanamente Injusta

Entiendo que el título de este capítulo choca un poco con nuestra primera impresión, pero haremos bien en preguntarnos: ¿la gracia de Dios es justa o injusta?

Claro, sabiendo que Dios es totalmente justo, seguramente contestaremos que es justa, pero usemos el criterio humano para ver algunos puntos y luego evaluemos.

Vivimos en un mundo donde la cultura nos enseñó algunas frases que sin dudas marcaron nuestra conciencia. Veamos algunas de ellas:

- Al que madruga Dios lo ayuda
- No hay ganancia sin esfuerzo
- Al que quiere celeste que le cueste

- Exige que te den lo que has pagado y que te paguen lo que has dado.
- A lo hecho, pecho...
- Con paciencia el cielo se gana
- El que las hace las paga...
- Quien mal anda, mal acaba
- Si quieres la fama, no te dé el sol en la cama
- Hijo fuiste, padre serás, cual hiciste, tal tendrás.

Estas frases algo graciosas y populares, nos expresan una verdad. En la general de la vida recibimos lo que hacemos. Si nos portamos bien, somos premiados y si nos portamos mal, somos castigados. Si estudiamos nos recibimos, pero si no estudiamos reprobamos. Si trabajamos cobramos y si no trabajamos no cobramos. Esta lógica, puede ser aplicada a todas las cosas de la vida y cuando es rota por algún motivo, se cuenta como injusticia.

Es decir, si alguien es premiado en su desobediencia, aprobado en su ignorancia o asalariado sin trabajar, se dice que claramente hay una injusticia. Nadie podría discutir esto; sin embargo, la gracia es recibir todo sin merecer nada y eso para muchos es complicado de comprender. ¿Cómo un Dios justo puede hacer llover sobre justos y pecadores? (**Mateo 5:45**).

“Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento. Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol, que un mismo suceso acontece a todos, y también que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida; y después de esto se van a los muertos”.

Eclesiastés 9:2 y 3

Yo creo que, en el fondo de nuestros corazones, quisiéramos leer que no acontece a todos por igual. Que a los justos todo les sale bien y sufren menos, pero que a los impíos todo les sale mal y sufren mucho. Sin embargo, sabemos que no es así. Y no solamente porque lo dice la Escritura, sino porque lo vemos a diario.

Hay gente buena o niños inocentes que mueren sin merecer, mientras que hay gente malvada, asesinos o perversos que se gozan en salud y después de vivir toda una vida en vicios llegan a viejos siendo vigorosos.

Hay mucha gente trabajadora y honesta que vive muy mal, que sufren necesidades de todo tipo, mientras que hay algunos otros delincuentes, estafadores y corruptos que viven como reyes robando descaradamente.

Hay personas que se han salvado de accidentes tremendos y otros que nunca tuvieron uno, ni aun practicando deportes extremos. Mientras que hay personas que, cuidándose en todo, mueren de manera absurda, cayendo de una escalera o atragantados con una espina de pescado. La mente humana no puede evaluar justicia ante estas cosas.

No se comprende la muerte de un hijo, ni una cruel enfermedad de nacimiento, ni una discapacidad. No se comprende el hambre, la guerra o una simple traición. La vida está compuesta de situaciones que no logramos comprender y lamentablemente juzgamos a Dios, desde una limitación total. Si pudiéramos ver el plano completo, como seguramente un día lo veremos, sólo llegaríamos a una conclusión: “Dios es totalmente justo”

Las injusticias de la vida no son las injusticias de Dios. Aprendamos del patriarca Job, que siendo un hombre justo sufrió tremendas calamidades. Job, al igual que haríamos cualquiera de nosotros, habló con sus amigos y todos sacaron alguna conclusión; sin embargo, el día que se le apareció el Señor y comenzó a hablarle, Job sólo pudo decir:

***“Por tanto, yo hablaba lo que no entendía;
Cosas demasiado maravillosas para mí,***

*que yo no comprendía.
Oye, te ruego, y hablaré;
Te preguntaré, y tú me enseñarás.
De oídas te había oído;
Mas ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco,
Y me arrepiento en polvo y ceniza”.*
Job 42:3 al 6

La Biblia no procura explicar el porqué de todas las cosas y no oculta algunas aparentes injusticias que no comprendemos. Por ejemplo, sabemos que Eva comió una fruta y perdió todo, tanto ella, como su descendencia. Sin embargo, la mujer samaritana tuvo cinco maridos y ya juntada con un sexto, conoce a Jesús y éste, sabiendo que además era extranjera, le habla de adoración y de poner su Espíritu en ella, como una fuente que salte para vida eterna. Es como si fuera demasiado castigo para una y demasiada gracia para la otra ¿verdad?

Abraham mintió en Egipto con respecto a su mujer, luego se acostó con la esclava generando un conflicto de intereses que ha durado hasta nuestros días, mandó a morir a su hijo Ismael al desierto y quiso degollar a su otro hijo Isaac, sin embargo, Dios lo hizo padre de la fe. Creo que había otros candidatos mejores para calificar como padre de los años venideros.

Ananías y Safira vendieron una propiedad y dieron una muy buena ofrenda para la iglesia, hoy en día cualquier pastor estaría contento con ellos. El problema es que mintieron en el monto total de lo que dieron y por esa causa ambos cayeron muertos. Cualquiera diría que es como si Abraham fuera reconocido por lo que no fue y este matrimonio castigado por omitir algunos detalles más precisos.

Sabemos que Cam, el hijo de Noé, obró con actitud equivocada ante su padre desnudo y quedó maldito por todas sus generaciones, sin embargo Jacob le mintió a su padre haciéndose pasar por Esaú y terminó bendito por todos sus días. Encima de eso, dice la Palabra que peleó con Dios. ¿Quién puede pelear con Dios y ser bendito?

¿Por qué la Biblia dice que el Señor a Jacob lo amó y a Esaú lo aborreció? Si al final Esaú era un trabajador honesto y Jacob un mimado embustero ¿cómo alguien puede ser aborrecido antes de nacer y otro amado sin haber hecho nada por merecerlo? Además, el amado manipuló a su hermano para comprarle la primogenitura y después lo reemplazó con un disfraz. ¿Cómo pudo Jacob recibir tanta honra engañando a su padre? Nadie negaría que se cometió una aparente injusticia.

Hay cosas que no comprendemos. Moisés, dice la Escritura, fue el hombre más manso de la tierra, sin

embargo un día se enojó con verdaderos motivos, se le fue la cabeza, le pegó a una roca y después de cuarenta años de obediencia no pudo entrar a la tierra prometida. ¡Pobre Moisés! Eso le puede pasar a cualquiera ¿o no?

Nabucodonosor fue un rey pagano, perverso, violento y corrupto, que además sometió cruelmente al pueblo de Israel, y sin embargo Dios lo llamó “*Mi siervo...*” (Jeremías 43:10) Encima de eso, lo dejó exponer en primera persona unos versículos en la Santa Biblia. ¡Cualquiera diría que es injusto...! Pero no se apresure...

Vimos a David en el capítulo anterior y recordamos su historia. El rey Saúl desobedeció a Dios y perdió su reino, sus hijos fueron asesinados y su nieto quedó lisiado. David fue un adúltero, el autor intelectual de un crimen pasional y Dios le da un reinado de gloria al hijo que tuvo con la mujer infiel. Permitiendo además, que a Jesús le llamen hijo de David.

Sabemos que Juan el Bautista fue el mayor de los profetas, vivió lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre y siendo nada menos que la voz anunciadora del cordero redentor terminó con la cabeza en un plato. Los apóstoles fueron martirizados y un hombre de tanta revelación como Pablo también terminó decapitado. ¡Es difícil de entender...! Si Dios te escoge desde bebé, como

a Juan, si te saca de la cárcel enviando ángeles como hizo con Pedro o te salva de un naufragio mortal como hizo con Pablo, uno diría en lugar de ellos: ¡Tranquilo nada me pasará...!

Jesús por su parte, eligió a doce hombres para que sean sus íntimos discípulos y buscó vulgares pecadores, hombres sin preparación teológica, ignorando completamente a los doctos preparados durante tantos años en el conocimiento de las Escrituras. Pedro no lo reconoció y el Señor le hizo un milagro, los fariseos no lo reconocieron y recibieron su merecido.

Pedro era torpe y se equivocaba muchas veces en la apreciación de las circunstancias, sin embargo y sin hacer nada para merecerlo, el Señor le soltó una revelación que le valió las llaves del Reino. A muchos otros les hablaba por parábolas para que escuchando no entendieran y no se convirtieran, ni se arrepintieran de sus pecados. ¡Sin dudas Dios es difícil de entender!

Marta trabajaba con denuedo para atender en su casa a Jesús y María se tiró al piso sin hacer nada, sólo para escucharlo. Jesús increíblemente halagó a María en lugar de enviarla a trabajar como bien había hecho su hermana, y a la pobre que trabajaba la trató de afanada. ¡Cualquiera caería fácilmente en actuar como Marta tratando de honrarlo! ¿No le parece?

Luego fue al estanque de Bethesda y sanó a uno, pero al resto los dejó enfermos; fue al cementerio y resucitó sólo a Lázaro. Muchos lo invitaron a comer y él se invitó solo a la casa de un corrupto como Zaqueo. Agarró un azote de cuerda contra los cambistas, pero cuando fue llevado a la cruz no abrió su boca. ¡Dios es difícil de entender...! Uno esperaría que pudiera vengarse de sus opresores. Y estoy seguro que si hubiese sido así, lo que más disfrutaríamos de la película “La pasión” sería la venganza del Cristo resucitado. ¿O no?

El endemoniado Gadareno por su parte, no hizo nada para ir en busca de su liberación: Jesús viajó de lejos, cruzó el lago y lo liberó. Otros, seguramente, quedaron endemoniados sin recibir su asistencia, estando a sólo dos casas de su domicilio. Jesús no hizo todo, no tocó a todos, no sanó a todos, pero lo que hizo estuvo lleno de gracia. Yo no me atrevería a agregar nada a lo que hizo y mucho menos a lo que dijo. No porque no se me ocurra qué, sino porque no me creo capaz de opinar al respecto.

Mis amados, con todo esto, no quiero decir que Dios es injusto, todo lo contrario. Él no tiene que hacer nada, ni dar nada a nadie y es totalmente justo. Sin embargo, si hace algo o da alguna cosa tampoco deja de ser totalmente justo, porque tiene todo el derecho de

hacerlo. Él es el dueño de todo, es el amo y Señor del universo.

Pablo enseñó con gran sabiduría sobre este asunto. En su carta a los romanos escribió:

***“¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios?
En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré
misericordia del que yo tenga misericordia, y me
compadeceré del que yo me compadezca.
Así que no depende del que quiere, ni del que corre,
sino de Dios que tiene misericordia”***

Romanos 9:14 al 16

Claro que no hay ninguna injusticia en Dios. El hombre natural se rebela contra la soberanía de Dios. Si algún asunto se deja a Dios para que Él haga la elección, el hombre inmediatamente concluye que hay alguna injusticia. ¿Por qué?

No podemos eludir el pensamiento que se nos presenta en este pasaje de Romanos. No debemos evadir el tema de la elección ni suavizarlo porque algunos se opongan a tal doctrina o los haga sentir incómodos. Además, humanamente hablando, no podemos reconciliar la elección soberana de Dios con el pretendido libre albedrío de los seres humanos.

Un hombre en tinieblas no puede elegir la luz porque no la puede ver, y si la ve ya no está en tinieblas, por lo tanto, Dios se le tiene que haber revelado primero. Si alguien está muerto en delitos y pecados, tampoco puede elegir a Dios, sólo le espera ser resucitado por gracia divina. Si una persona es esclava de las tinieblas, no puede elegir la libertad porque si lo hace no es esclavo. Si por el contrario debe ser liberado, no puede hacer nada para merecerlo. Al final ¿quién puede discutir la gracia?

Si todos los seres humanos sin excepción vamos al infierno sería totalmente justo, porque todos hemos pecado y hemos sido destituidos de la gloria del Señor (**Romanos 3:23**). Si por Su gracia, Dios nos abre un camino para salvarnos está en todo su derecho. Pero si, aun así, nadie elige tal camino, Él puede, soberanamente, escoger a los que desee y extender misericordia. ¡Él sigue siendo justo!

No podemos penetrar en los tratos misteriosos de Dios, pero sí podemos confiar que Él obrará con justicia. Debemos aceptar Romanos nueve, en su significado literal. Recordemos que éste es Su universo y Él es el Dios soberano.

Si hubiera alguien a quien no le agrada lo que Dios hace, quizá debería apartarse de Su universo para crear

uno que fuera suyo, en el cual podría entonces dictar sus propias leyes, sus propias reglas, sus propias normas. Pero mientras viva en el universo de Dios, tendrá que comportarse según las reglas de Dios. El hombre, en su pequeñez, no puede sino inclinarse ante el Dios Todopoderoso para decir, como dijo Jesús en Juan 7:18, hablando de Dios el Padre: **“No hay en Él injusticia”**.

Alguien ha dicho que el querer y el hacer pueden indicar la posesión de la gracia, pero no constituyen la causa que la origina. La única respuesta final es que Dios extiende Su misericordia y la extiende, porque Él es Dios y nadie podrá jamás decirle si es lo correcto.

***“De manera que de quien quiere, tiene misericordia,
y al que quiere endurecer, endurece.***

***Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa?
porque ¿quién ha resistido a su voluntad?***

***Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que
alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que
lo formó: ¿Por qué me has hecho así?***

***¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro,
para hacer de la misma masa un vaso para honra
y otro para deshonra?***

Romanos 9:18 al 21

Dios no tiene que presentar informe alguno a ninguna de sus criaturas, acerca de Su conducta. Dios no

está obligado a agradecer a los orgullosos. Es una blasfemia de pecadores ignorantes el acusar a Dios de ser injusto. Es ateísmo decir que Dios no puede hacer como Él quiere con su creación. El hombre trata de enmarcar la justicia de Dios dentro de su diminuto cuadro de análisis.

Dice cosas como: “Si Dios es justo, no puede permitir ciertas cosas y si no, Dios no existe...” “¿Si Dios es bueno por qué permite el mal? ¿Si es Soberano por qué creó al diablo?” Estas preguntas y miles del mismo estilo son las que el hombre se hace desde su limitación mental, sin embargo, como dijo Pablo: *¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?*

El razonamiento humano no tiene respuesta al dilema existencial. La respuesta sólo se encuentra en el misterio y en la majestad de la soberanía de Dios. La fe deja allí este asunto y lo acepta en una obediencia humilde. La incredulidad se rebela contra esto y permanece bajo la misma ira y juicio del Dios de quien duda y ante quien algún día deberá presentarse.

Me faltarían varias páginas para escribir detenidamente sobre la parábola de los obreros de la undécima hora (**Mateo 20:1 al 16**), de la fiesta de bodas a la cual se invitó a cualquiera (**Mateo 22:1 al 14**), de la maldición de la higuera que no dio fruto fuera de su

temporada (**Marcos 11:14 al 14**), o de la oveja perdida por la cual el pastor dejó en el desierto a otras noventa y nueve (**Lucas 15:3 al 7**). Y sin dudas también la del hijo pródigo, que es un verdadero ícono de la gracia (**Lucas 15:11 al 32**). La Biblia está llena de misterios extraordinarios que no pueden ser analizados desde una posición humanista.

Por algún motivo, no se puede llegar a la revelación por desarrollo intelectual. Sólo queda para los que tenemos la dicha de ver, el adorar y alabar al Dios de los cielos, por la gracia recibida.

“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra”

Romanos 11:6

La gracia es del Soberano, por tanto, es totalmente justa. Humanamente es incomprensible y puede ser considerada injusta. No comprendemos por qué motivos Dios hace lo que hace o deja de hacer lo que quisiéramos que haga. No podemos comprender por qué permite algunas cosas pudiendo evitarlas y no genera otras que podrían ser beneficiosas.

Yo hace muchos años que le sirvo y amo a Dios con todo mi corazón. Sin embargo, no lo entiendo y no

trataría jamás de justificarlo o explicar sus motivos de hacer o dejar de hacer alguna cosa. Simplemente no tengo por qué entenderlo. Lo amo, le sirvo y Él sabe muy bien qué hacer y cómo hacerlo.

Yo he orado con pasión para que algún enfermo se sane y luego se me murió. Pero también he orado casi sin ganas por gente que se sanó milagrosamente. Al final de todo servicio siempre queda la ubicada frase: “Dios sabe lo que hace...”

Yo he predicado con gripe o dolor de muelas, he sufrido la pérdida de seres amados, he sido engañado, criticado, despreciado, burlado y humillado... Pero ¿quién no? ¿acaso no debería pasarme porque le sirvo predicando o escribiendo un libro? ¿Será que no puedo tropezarme o perder dinero o sufrir una rotura en mi vehículo? ¿Será que Dios puede ser injusto si lo permite? No hay nada más glorioso que servir al Rey Eterno. Eso ya es gracia divina.

El apóstol Pablo le sirvió mucho más y sufrió mucho más que yo. Luego enseñó diciendo:

“Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios. Por tanto, no desmayamos; antes aunque este

nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.

Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

2 Corintios 4:15 al 18

Pablo fue un hombre maravilloso, sobre todo porque a pesar de su elevada revelación de los diseños divinos, fue alguien que mostró su humanidad sin reparos. Él relató varias veces sus procesos de dolor, pero no renegó por ellos, al contrario, llegó a decir que se gloriaba de su debilidad y que en esa debilidad se manifestaba verdaderamente el poder de Dios.

De una manera magistral, el apóstol también hizo un recuento de su vida ministerial, en tres expresiones: ***“he peleado la buena batalla”, “he acabado la carrera” y “he guardado la fe”***. De esa manera Pablo comparó su vida, con una carrera olímpica. Para él, la carrera fue llena de obstáculos y enfrentó doctrinas de error, herejías, escasez, enfermedades, contiendas, ataques, temores y ansiedades. Pero nunca dijo que Dios fue injusto por ello, al contrario, Pablo siempre destacó la gracia.

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí”

1 Corintios 15:10 LBLA

Incluso Pablo llegó a considerar que su mayor obstáculo a través de esta carrera había sido su lucha interior contra el pecado, la cual sin lugar a duda es la más acérrima lucha de cada creyente. Él se consideraba un hombre victorioso, que corrió como para ganar y que cumplió dignamente su llamado guardando la fe. Pablo bien nos enseña a ver la gracia, aun en todas aquellas situaciones en las que cualquiera podría ver simples desgracias.

“La gracia sustentadora no promete ausencia de aflicciones sino la presencia de Dios.”

Max Lucado

Si el mundo y la vida fueran justas, sólo indicaría que dejaron de estar bajo el poder de las tinieblas y ocurrirá. Un día ocurrirá. Cuando todo se haga perfecto, en la venida del Señor. Su poderoso reino aclarará lo oscuro de nuestras mentes y veremos tal como es.

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas”.

Apocalipsis 21:4 y 5



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo que, en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda

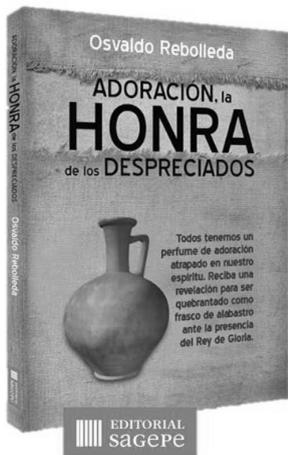


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com
www.osvaldorebolleda.com

Otros libros de Osvaldo Rebolleda



“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

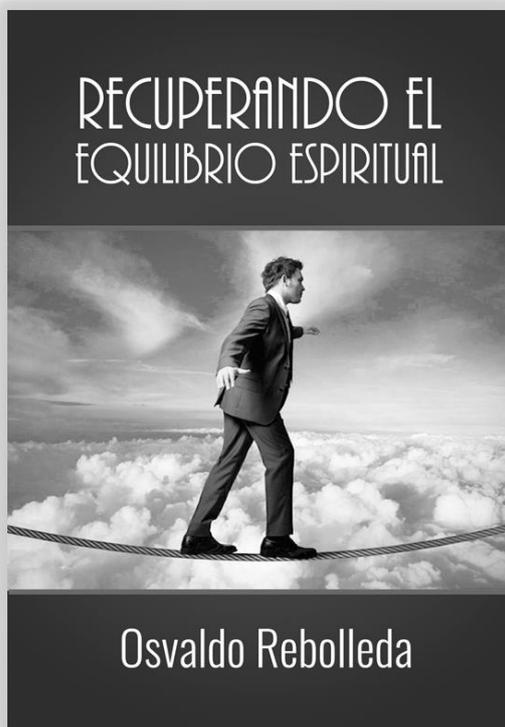
“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a

entrar en las dimensiones

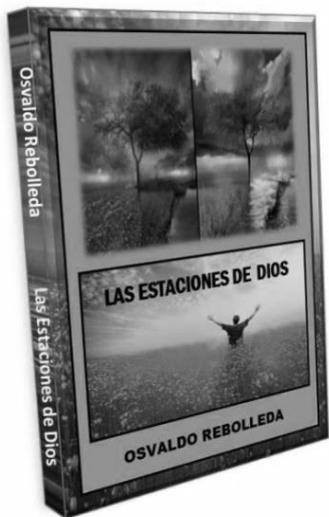
del Espíritu”



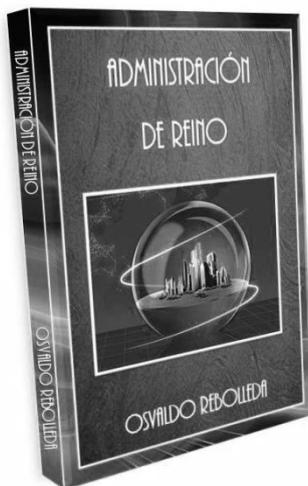
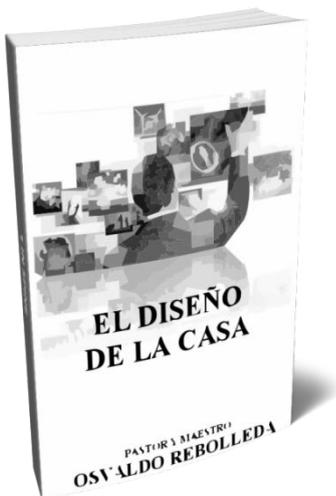
Un material que todo ministro
debería tener en su biblioteca...

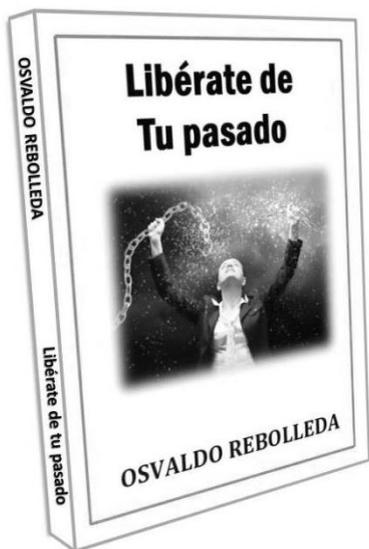


***«Todo cambio debe ser producido por Dios
a través de los hombres y no por los hombres
en el nombre de Dios...»***

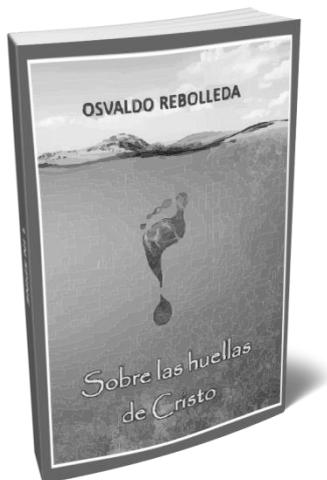
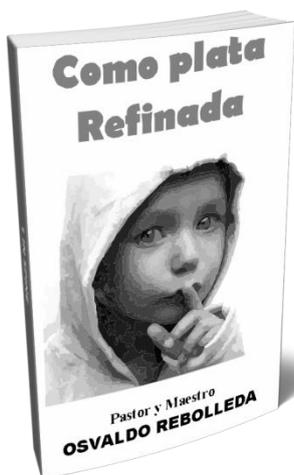


www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

